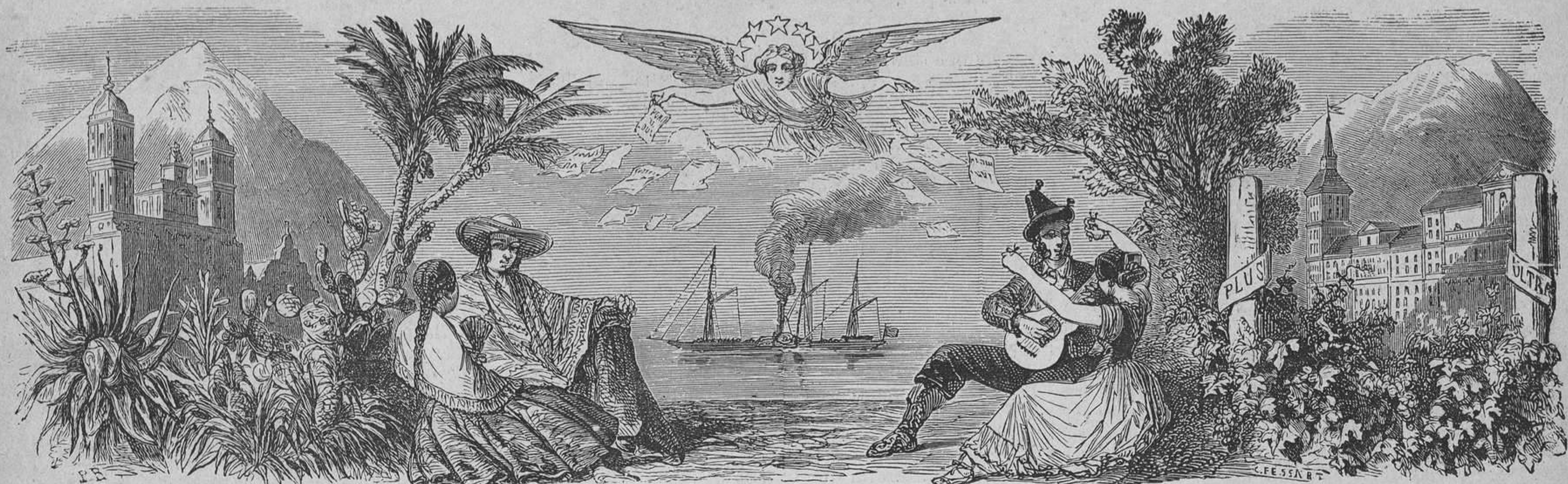


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 768.

SUMARIO.

Retratos á la pluma. — Las modas. — Viaje de S. E. el ministro de Marina á Rochefort y á la isla de Aix; grabados. — Revista de Paris. — Poesias. — Exposicion universal de 1867; grabados. — La plaza Mayor de Méjico el día de la llegada de Juarez; grabado. — La Maladeta junto á Venasque. — Estudios literarios. — Hundimiento de los peñascos de la Heve; grabado. — Explosion de un polvorin en el campamento de Chalons; grabado. — Incendio de la capilla del Rosario en Venecia; grabado. — Oliverio. — Problemas de ajedrez; grabado. — La estatua del duque de Morny; grabado.

Retratos á la pluma.

ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

En una tarde de otoño de 1845 se hallaba un jóven de diez y seis á diez y siete años en el hogar de una posada de la calle de la Alhóndiga de Sevilla.

Serviale la comida una de las mozas, cuando llegaron dos alguaciles, y encarándose con el jóven :

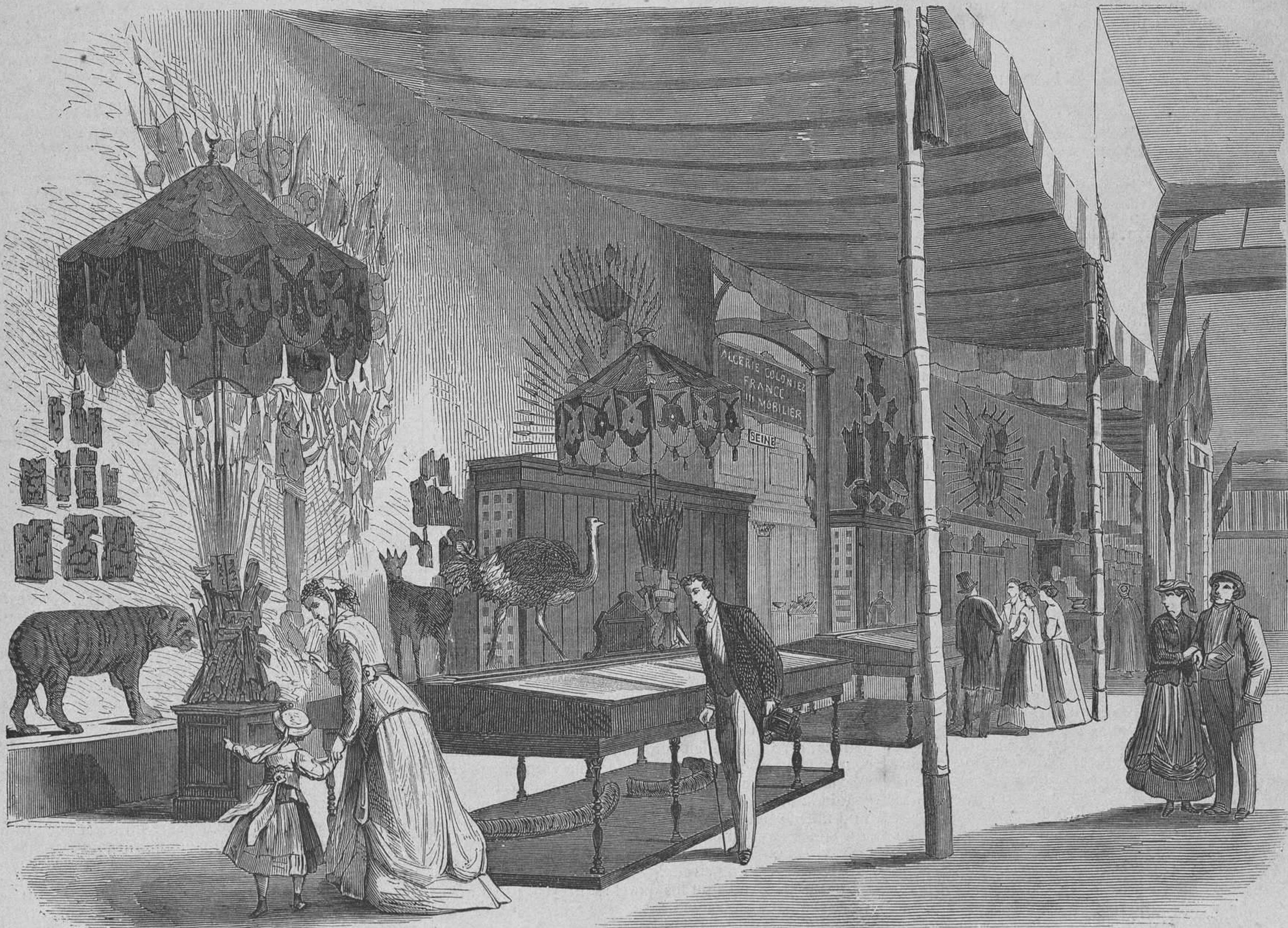
— ¿Vive en esta posada, le preguntaron, un estudiante á quien llaman Adelardo Lopez de Ayala?

— Aquí ha vivido, les contestó con la mayor serenidad; pero se ha marchado esta mañana á su pueblo con unos arrieros.

— El caso es que tenemos orden de prenderle.

— Pues amigos, lo que es por hoy no son Vds. los que le llevan á la cárcel.

Retiráronse los alguaciles, el jóven terminó su frugal comida, y media hora despues salia de Sevilla con direccion á Guadalcanal.



EXPOSICION UNIVERSAL. — Las colonias francesas.

El era el que buscaban; pero su pecado, si alguno habia cometido, no era mas que un pecado poético.

Los estudiantes se habian colocado en una actitud revolucionaria. Asistían á las clases con el airoso sombrero calañés y la capa torera; el rector no creía que este traje profano fuese el mas á propósito para penetrar en el santuario de la ciencia, se obstinó en desterrarlo, la cuestión de las *capas y sombreros* reapareció sobre el tapete, circuló entre el gremio estudiantil una calorosa alocución escrita en magníficas octavas reales, y como autor de esta proclama y jefe del motín por aclamacion de sus compañeros, se dispuso el arresto del poeta, que desde el principio de su carrera conseguía con la fuerza de su poderoso talento, dominar, subyugar á los que le veían y le escuchaban.

Pronto pasó el nublado, y el joven estudiante volvió á Sevilla, donde vivió algunos años, no estudiando, sino adorando el teatro antiguo español y soñando tal vez con los laureles que mas tarde han ceñido su frente.

La primera poesía que publicó, *los Dos artistas*, produjo un gran efecto y sus amigos no tardaron en ser sus admiradores. A todos asombraba su prodigiosa manera de concebir y su brillante modo de expresar.

Escribió por entonces una leyenda de la que solo se han publicado algunos fragmentos: titúlase *Amores y desventuras*, y tiene por asunto los amores de Don Rodrigo y la Cava. Una tragedia inédita, *el Puñal y el veneno*, fué tambien obra de aquellos primeros años juveniles empleados en sentir y en amar todo lo bello, todo lo noble, todo lo grande.

Pero el inspirado poeta era un estudiante desaplicado. Llegó para él el momento de tomar el grado de bachiller, y aunque gozaba de gran prestigio entre sus catedráticos, á punto estaban ya de reprobale cuando se le ocurrió á su maestro de literatura, D. Antonio Rodriguez Zapata, proponerle que disertara sobre la novela española.

Llamó al genio y el genio le respondió.

¿Qué no diría para conseguir que le aprobasen por unanimidad los que conocían su desaplicacion?

Poco despues escribió su comedia *los Dos Guzmanes*, y á esta obra siguió *el Hombre de Estado*, escrita en Sevilla en una casa de la calle de los Alcázares, que designaba el vulgo con el nombre de «la casa del loco,» por habitar un pobre demente en uno de los cuartos del piso bajo.

¿Qué contraste! ¡Un mismo techo cobijaba la luz y el caos, las facultades intelectuales en todo su apogeo y en toda su decadencia!

Sediento de esa noble ambicion de gloria, que hoy debe ser contrabando, puesto que los poetas que vienen á Madrid á hacer fortuna no se atreven á declararla, apenas ganó un pleito que sostenía contra la Hacienda se trasladó á la corte.

Necesitando traspasar su matrícula porque estudiaba leyes, rogó á un pariente suyo, diputado á la sazón, que le recomendase al director de Instrucción pública.

Desempeñaba este cargo D. Antonio Gil y Zárate, y el pariente de Ayala, creyendo que el célebre literato se interesaría mas por su recomendado sabiendo que era poeta, le dijo que hacia dramas.

Algun tiempo despues despachó favorablemente el director la instancia del estudiante, y al noticiarlo al diputado:

— Diga Vd. á ese joven, añadió Gil y Zárate, que estudie y no se meta á escribir dramas.

Visitó el poeta á una familia aristocrática de Madrid emparentada con la suya, habló de sus proyectos, la señora de la casa, amante de las letras, pidió al joven el drama para leerle, y sobre un velador estaba cuando un hombre de Estado á quien deben mucho las letras españolas, el conde de San Luis, fijó su vista en el manuscrito, un día que fué á visitar aquella distinguida familia.

Algun tiempo despues recibía Adelardo Lopez de Ayala una expresiva carta citándole para asistir á la lectura de su drama en casa de D. Manuel Cañete, secretario y amigo del conde de San Luis, que habia leído la obra, y habia adivinado el porvenir de su autor.

El efecto que produjo esta lectura fué asombroso: un poeta ilustre, quizás el que mas entusiastas ovaciones ha alcanzado en la escena española, exclamó despues de oír una de las brillantes escenas de *el Hombre de Estado*:

— Cambiaría por ella todas mis obras.

Los que asistieron á la lectura ponderaron el genio del poeta, y no se hablaba en todas partes mas que del próximo triunfo que aguardaba á Adelardo Lopez de Ayala.

El comité del teatro español se reunió para oír el drama.

El señor Gil y Zárate, presidente, tenía la costumbre de dormirse durante la lectura de las obras.

Aquel día no se durmió, y levantándose al final, y acercándose al joven poeta para estrechar su mano:

— Me vuelvo atrás, le dijo; no estudie Vd., y haga usted dramas.

El éxito de la segunda lectura, y el efecto que producía la presencia del poeta, la arrogancia de su porte, la dignidad de su actitud, la entereza de su carácter, allí donde los jueces supremos estaban acostumbrados á ver al genio hacer genuflexiones, formaron el pedestal de su reputacion.

Antes de conocer el fallo del público, le consideraban va los autores dramáticos; y los actores y los que andaban entre bastidores:

— Ese es, ese es, decían cuando pasaba, el autor de *el Hombre de Estado*.

Para comprender la energía de su carácter basta citar un rasgo.

Ensayábase su drama; asistía á los ensayos; se le ocurrió hacer una observacion á un actor y la hizo.

Valero dirigía la escena, y enérgico tambien y acostumbrado á dominar:

— Yo soy el director, le dijo, y estoy aquí para hacer las correcciones necesarias.

— Pues yo soy el autor, contestó Ayala, y desde este momento retiro el drama.

Tercieron los circunstantes, y no sin gran trabajo lograron que continuaran los ensayos.

El drama se representó, tuvo mal éxito, puede decirse que fué silbado, y sin embargo, dió al poeta una gran reputacion.

Este fenómeno no ha tenido ejemplo.

Hoy mismo, cuando se habla de Ayala, dicen la crítica y el público: «el distinguido autor de *el Hombre de Estado*.»

Como no me propongo hacer estudios, sino retratos íntimos, solo añadiré que el público y la crítica son justos.

Adelardo Lopez de Ayala fué desde entonces lo que debía ser, lo que es, uno de los primeros poetas dramáticos de nuestra época.

No pararon sus derrotas en *el Hombre de Estado*: un drama, *Venganza y Perdon*, una zarzuela política, *el Conde de Castralla*, fueron horrorosamente silbados; pero la fascinacion de su genio no cesaba de influir sobre el público.

Ayala era siempre Ayala.

Estoy por asegurar que ni aun los autores dramáticos, sus compañeros, se alegraban de sus derrotas.

No me acuerdo haber oído á ninguno murmurar de Ayala; y este es otro fenómeno de su vida.

La comedia *los Dos Guzmanes* se representó despues de *el Hombre de Estado*, y mas tarde los triunfos de *Rioja* y de la bellísima zarzuela *Guerra á muerte*, bastaron para indemnizarle de sus derrotas.

Al *Tejado de vidrio*, que es una de las primeras obras del teatro moderno, siguió si no recuerdo mal *el Curioso impertinente*, comedia que escribió con Hurtado; el *Tanto por ciento* consolidó su gloria y le hizo objeto de la ovacion mas entusiasta que el talento ha logrado de la admiracion pública.

Se abrió una suscripcion para costearle una corona de oro; los poetas le ofrecieron un album preciosísimo.

Ayala regaló la corona á su madre, á su adorada madre, que la conserva como una reliquia del amor filial.

El album es una de las prendas mas queridas de su corazon.

No satisfechas sus aspiraciones con la gloria literaria, traspasó los dorados umbrales de la vida política.

Algunos creen que por ambicion de mando: los que le conocen á fondo aseguran que por ambicion de hacer bien.

La prueba es que ha podido ocupar altos puestos y solo ha sido momentáneamente director del Conservatorio.

Refiérese además, que propuesto para uno de los mas elevados cargos de la nacion:

— Reconozco su gran talento, dijo el presidente del Consejo de ministros á uno de sus colegas, pero no ha hecho nada que justifique lo que merece y Vd. me pide para él.

Cuando Ayala supo esta respuesta, agradeciendo que hubieran pensado en él para una distincion que ni la habia solicitado ni la deseaba:

— Si todos los jefes de los gabinetes fueran así, exclamó, otra sería la suerte de España.

Desde entonces concibió una opinion mucho mas ventajosa de la que tenia del hombre de Estado que se negó á concederle lo que constituye el bello ideal de casi todos los políticos.

Liberal de corazon, pero conservador de buena fe, formó parte de la misteriosa redaccion del *Padre Cobos*, y todavia se recuerda el ingenioso rasgo de que se valió para que el jurado absolviese unos versos que habian sido denunciados.

Puso en prosa la idea, la dió la forma de una gaceta, la publicaron todos los periódicos y pasó.

— ¿Tendréis tan poca lógica, decía, sobre poco mas ó menos en su defensa, que aprobareis una idea en prosa y la condenareis en verso?

Los que acababan de coronar á Quintana no podían considerárse como circunstancia agravante el metro y el ritmo, y el *Padre Cobos* fué absuelto.

Yo siento mucho que los grandes poetas se mefian á políticos; salvas algunas excepciones, los que en literatura son unidades, en política se convierten en cerros colocados á la derecha de una unidad.

Ayala ha logrado figurar tambien en política, y cuando considero que su *Tanto por ciento* se debe acaso tanto á su inspiracion como á una ausencia hábil de la vida política, creo que deben perdonarle los que le admiran como poeta, las largas temporadas que emplea sus privilegiadas facultades en esa, en mi concepto estéril lucha de la política, tal como la comprenden los que son á un mismo tiempo políticos y poetas, políticos y médicos, políticos y comerciantes.

Su vida pública es demasiado conocida, y yo solo he ofrecido un retrato privado.

Estoy seguro de que los que le ven y le juzgan sin tratarle, pronuncian esta frase:

— ¡Debe ser muy altivo!

Así parece á primera vista.

Difícilmente puede hallarse una fisonomía que revele un alma con mas propiedad que la suya.

Basta verle para pensar: ¡Es un poeta!

Asistiendo á la representacion de sus obras ó leyéndolas se le adivina: y es porque lo mismo en su rostro que en sus obras está su alma.

Su figura parece arrancada de un cuadro de Velazquez; todo el vigor de las líneas del gran pintor, toda la correccion de su dibujo, toda la belleza sombría de su color, se encuentra en las facciones del poeta.

Es la condensacion de la belleza física y moral de aquel siglo que han inmortalizado Calderon y Lope.

Los que le tratan íntimamente aseguran que la severidad que revela su rostro desaparece en el seno de la confianza, que es franco y expansivo, que tiene profundamente arraigado en el alma el sentimiento de la justicia, que á cada instante brotan de sus labios en la conversacion pensamientos elevados, frases bellísimas, chistes ingeniosísimos.

Añaden que es ingenioso hasta la prodigalidad, y que ni se envanece con los aplausos, ni se irrita con las censuras.

En cuanto á la actividad de su inteligencia, he oído esta frase:

— Ha pensado para un siglo y ha escrito para un año.

Dicen que es perezoso, y no tenemos mas remedio que creerlo.

— Jamás hace uso de su voluntad, he oído decir á uno de sus amigos; pero cuando quiere una cosa, su voluntad le obedece. Entonces el manso arroyo que acaricia las flores, se convierte en torrente impetuoso.

¿Por qué no querrá que el teatro español sea lo que él entiende que debe ser?

¿Por qué, como otros tantos poetas, se ha olvidado al sentarse en los escaños del Congreso, de pedir, no protección, sino libertad, aire, vida para las letras y las artes?

Desde hace algunos años vive en compañía de Arrieta, su íntimo amigo, su hermano.

Los dos han nacido para comprenderse.

Yo bien quisiera que Adelardo Lopez de Ayala tuviese alguna que otra excentricidad, que fuera, por ejemplo, un gran nadador ó un excelente gimnasta, que madrugase mucho ó trasnochase, que hiciera sus delicias la salsa mahonesa ó tuviese siquiera la costumbre de fumar en pipa.

Parece que estos datos aderezan mejor y hacen mas sabrosos los retratos á la pluma; pero bajo este punto de vista el gran poeta vive como un simple mortal.

Únicamente añadiré que ha sido nombrado académico, y el discurso de recepcion que tiene preparado, un estudio de Calderon, es á juzgar por mis noticias, un trabajo inspirado.

Hoy se encuentra en Guadalcanal, su patria, en el seno de su querida familia; tal vez allí concluye alguna de esas obras que brotan de su pluma y que tienen el privilegio de levantar el ánimo del público y de dar vida al arte.

Si es su *Ultimo deseo*, el mio es que no sea su último triunfo.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Aun no hace un mes que Fernandez y Gonzalez se marchaba de España porque no ganaba mas que una onza diaria.

— ¡Este es un pais perdido! añadió; y me voy á París á ser en la literatura un representante de la raza latina.

Se marchó, y en París vive trabajando como en Madrid, con la diferencia de que aquí tenía entusiastas admiradores, y allí editores frios que entienden el negocio.

Yo espero que volverá muy pronto, aunque he oído decir á amigos suyos:

— Es tan gastador, que nunca va á reunir lo necesario para el viaje.

De todos modos, su reputacion como novelista está bien sentada; es sin disputa el rey de la novela española; sus obras vienen siendo desde hace veinte años el pasto intelectual de los que leen en nuestro pais; su nombre es conocido, lo mismo en las ciudades que en las aldeas, lo mismo en los palacios que en las cabañas, y pobres y ricos, ignorantes y doctos, banqueros y gitanos, todos le conocen, todos le estiman, razon por la cual creo que su retrato debe ocupar un puesto preferente en esta galería.

Manuel Fernandez y Gonzalez es un verdadero personaje de novela; mas aun, es una continua novela en accion.

Andaluz de pura raza, criado en medio de los cármes granadinos, hay en su paleta los brillantes colores de un cielo del que toman sus matices las flores, y su radiante luz los ojos de las andaluzas.

Por eso cuando pinta fascina; por eso cuando lee uno sus animadas páginas cree hallarse en medio de una vegetacion tropical, bajo un cielo de fuego.

Mucho trabajo ha de costar á los biógrafos del novelista saber el día en que nació: estoy seguro de que se le ha olvidado á él mismo este precioso dato.

Ello es que despues de haber hecho las diabluras de cajón, de haber dado serenatas y de haber pelado la pava con las hermosas granadinas, cayó soldado ó sentó plaza,

que yo no sé de fijo lo que pasó, y de cuartel en cuartel, y de patrona en patrona, montando potros bravos, riñendo y haciendo paces, en una palabra, viviendo esa vida militar, tan rica de emociones, llegó casi al mismo tiempo al grado de sargento en la milicia y al de quinto en la novela; pero como los soldados de Napoleón, llevaba en la mochila el bastón de mariscal.

Este bastón era la *Mancha de Sangre*, su primera novela, su primera batalla... Poco después de haber visto la luz esta obra de su felicísima imaginación, abandonaba el ejército con la cruz laureada de San Fernando en el pecho, y entraba en la república de las letras, en donde le aguardaba el cetro de la novela.

Hay, sin embargo, un escritor de mucho ingenio que no ha querido todavía darle carta de naturaleza. Cuando se anuncia una novela suya, exclama:

— ¡Es mucho cuento!

— ¿Qué? le preguntan.

— Nada... que sigue haciendo de las suyas el *sargento Gonzalez*.

Hay alguna injusticia en esta apreciación.

Durante algunos años escribió poco menos que de balde; pero no tardó en alcanzar reputación, y lo que es mas, popularidad.

Desde entonces se hizo pagar mas caro; pero aunque ha escrito y publicado mas de doscientos tomos, aunque ha ganado mucho dinero, aunque gana anualmente de nueve á diez mil duros, no es rico porque es muy generoso.

Su vida literaria puede reasumirse en breves líneas; escribe ó dicta diariamente tanto como dinero necesita.

El editor Guijarro le ha tomado durante algunos meses original por valor de mil reales diarios.

Su imaginación es de una fecundidad pasmosa: no solo escribe, sino que habla novelas.

Pasar dos ó tres horas con él en el café, oírle contar los episodios de su vida, es lo mejor que puede hacer el que quiera distraerse por poco dinero.

Es más barato que las entregas á cuartillo de real.

Cuando estaba aquí, su vida era metódicamente des- arreglada.

Se levantaba á las doce de la mañana, conversaba con su estado mayor, dos ó tres escribientes que eran su mano derecha; dictaba un par de entregas, mandaba enganchar, y llevaba el trabajo á los editores.

Después visitaba dos ó tres cafés, de cuando en cuando aparecía en los teatros, y á lo mejor se perdía de vista.

Estas ausencias indicaban que estaba dedicado á los trabajos de exploración en los barrios bajos.

Nadie ha pintado como él esos tipos de manolos matones, gitanos, «mozas cruas» y demás familia.

En cambio, cuando quiere bosquejar una figura bella, pura, inmaculada, el color de su paleta es demasiado fuerte.

Acaso consiste esto en que su imaginación está siempre á una temperatura de 50 grados sobre cero.

Hé aquí ahora su retrato.

Figuraos un hombre de elevada estatura, una figura arrancada de los cuadros de la edad media, y vestido con un traje contemporáneo. Buscad su cabeza, y hallareis, bajo una poblada cabellera, que al caer por detrás recuerda las célebres melenas del romanticismo, una frente espaciosa, unas facciones que, sin ser extraordinarias, forman un conjunto original. Sus ojos casi apagados ya por el exceso del trabajo, proyectan una sombra especial en su rostro.

Desde luego se adivina detrás de aquella frente algo extraordinario, en aquellas facciones se nota un claro oscuro; la imaginación y la pasión... pero cuando se anima, cuando habla, cuando refiere algo, cuando discute, entonces su rostro parece un espejo, en donde se reflejan todas las sensaciones de su alma.

Su fisonomía es el estilo de su frase.

Discute, y sus ojos brillan como el relámpago y su voz suena como el trueno.

Habla, y su voz toma el colorido de lo que cuenta: es trémula si describe tristezas, parece un gemido si refiere lástimas; llora y ríe, canta y desafina; pero es siempre entusiasta, siempre pintoresca.

Nada mas agradable que su conversacion.

Para todo halla en su imaginación soluciones nuevas, y lo mismo discute sobre un tema político que resuelve una cuestión económica, lo mismo describe una enfermedad que explica una receta culinaria. Es tal, que si le oís y se empeña, os convence de que ha encontrado la cuadratura del círculo.

Por efecto de su mismo genio es desarreglado en la forma.

Algunos le han calumniado diciendo que halla la inspiración en el fondo de las copas de ron.

No es cierto: Fernandez y Gonzalez es sóbrio y frugal.

¿Cuántas noches lo han visto sus amigos comer modestamente en alguno de los cafés de Madrid, mientras que le esperaba en su «hotel» una abundante comida!

He dicho en su «hotel» y está merece una explicación.

Fernandez y Gonzalez ha habitado un «hotel» ó palacio en el barrio de Argüelles.

¿Y saben Vds. por qué ha vivido allí? Por sus siete perros.

El célebre novelista adora los perros; cuya filiación referida por él era un capítulo de novela; los caseros de Madrid no los querían, y él dijo:

— No quieren los caseros daros casa; pues yo os daré un palacio.

Se fué al barrio de Argüelles, y alquiló uno de los palacios mas lindos del nuevo barrio.

Yo estuve á visitarle hace tiempo; acababa de mudarse, y aun no habia concluido de amueblar las habitaciones.

No sé cómo estarán hoy aquellos lindos gabinetes, aquellas espaciosas salas; pero aunque los hayan adornado los mejores tapiceros del mundo, no habrán logrado que produzcan el efecto que los proyectos del novelista produjeron en mí.

— Este salón, decía, tendrá una sillaría dorada, de seda carmesí, el cortinaje de lo mismo, los transparentes representarán odaliscas, los candeleros serán de oro con esmaltes azules...

La sala estaba desierta.

— En este gabinete pienso hacer un jardín artificial, en medio un ramillete con magnolias, enredaderas á todo su alrededor, tiestos y canastillos suspendidos del techo, peceras, fuentes de alabastro, estatuas...

El gabinete estaba como la sala.

Recorrimos todas las habitaciones, en general desiertas todavía, porque no se improvisan los muebles de un «hotel»; pero aunque hubieran sido de oro y brillantes, no me hubieran fascinado tanto como las descripciones proféticas con que adornó el novelista su palacio. Nada faltaba allí, sala de armas, biblioteca, oratorio....

He dicho antes que Fernandez y Gonzalez es generoso... No hay criados mas regalados que los suyos.

No entraba, cuando estaba aquí, una sola vez en el café, sin mandar al mozo que llevase á su cochero una taza de café ó un refresco.

Pero ¿qué mas? Una noche acababa de tomar café con un amigo, y guardando dos terrones de azúcar....

— Estos son para mi «Pastora», dijo: la pobrecilla los estará esperando ahí fuera.

El amigo creyó que se trataba de alguna hembra: era la yegua la «Pastora», animal inteligente que se paraba sin que se lo mandasen delante de las casas de los editores de Fernandez y Gonzalez.

— Una de las cosas porque siento marcharme, decía el novelista, es por la yegua. Pero la dejo en buen paraje, y en cuanto yo prospere hago que me la envíen á Paris.

La historia y las consecuencias de una de sus poesías premiada por la Academia, es demasiado conocida.

Pero considerémosle bajo otro punto de vista.

A cada instante brotan de los labios de Fernandez y Gonzalez frases dignas de ser citadas.

Hablando un día de un sastre célebre:

— Es capaz de hacer un gentil hombre de un mozo de cordel, dijo para elogiar su tijera.

Bastan los rasgos que he contado para caracterizarle; pero aun referiré otro.

No sé con qué motivo se vió un día sorprendido por la visita de dos personas que iban en nombre de un adversario suyo á desafiarle.

Ya he dicho antes que apenas ve.

Desafiar á un hombre que se halla en este estado, es poco generoso.

Fernandez y Gonzalez no rehusó el lance.

— No tengo inconveniente en batirme con ese hombre, dijo á los padrinos; pero ha de ser con esta condición. Nos encerrarán á los dos en un cuarto completamente á oscuras y sin mas armas que los puños, y no abrirán la puerta hasta que llame el que quede vivo.

Los padrinos se retiraron: el adversario está todavía asustado de la proposición.

Su vida está llena de anécdotas por este estilo.

¿Cuando vuelva de Paris tendrá que oír lo que cuenta!

El día menos pensado publica sus *Memorias* como Lamartine, y si tal hace encontrará gran número de lectores; lo que no encontrará de seguro es un país que le dé como al poeta francés lo necesario para pagar sus deudas. ¡Bien es verdad que si no las tiene, para nada lo necesita!

JULIO NOMBELA.

(De la *Epoca*.)

Las Modas.

Cuenta la historia, esa habladora capaz de contar hasta lo que no sabe, que unos atenienses se encontraron un día á no sé qué filósofo jugando á la taba con unos muchachos bajo el pórtico de uno de aquellos templos que tanto hermoseaban á la ciudad de Atenas, segun dice esa misma historia que habla de todas las cosas como si todas las hubiera visto.

Los atenienses al ver al filósofo se pararon y el filósofo continuó jugando sin hacer caso de los atenienses.

— Tú, le dijeron al fin, que todo pretendes saberlo, ignoras por lo visto los males que afligen á la república.

— Yo, contestó el filósofo sin mirarlos, que no sé nada, sé muy bien eso.

— Entonces, replicaron los atenienses, ¿qué es lo que haces?

— Yo, les contestó, juego á la taba con estos muchachos.

— ¿Y te parece digna de tí esa ocupación mientras la república parece desgarrada por el rencor de los partidos y por la maldad de los ambiciosos?

— Si no es digna de mí esta ocupación, no me negareis que es digna de los atenienses.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Quiero decir que vale mas jugar á la taba con

estos muchachos que gobernar la república con vosotros.

Madrid no es Atenas, nosotros no podemos decir con completa exactitud que somos atenienses, por mas que cada día se aumente entre nosotros el número de los *griegos*; pero siguiendo el ejemplo de aquel filósofo podemos exclamar:

— Bah, qué importa; hablemos de modas.

Dejemos esa cosa tan grave, tan seria, tan profunda que se llama hombre, y tomemos esa otra cosa tan risueña, tan ligera, tan superficial que se llama mujer.

Las modas: hé ahí la política de las mujeres.

Su sistema de gobierno parece que es á primera vista la república, puesto que cada ciudadana lleva en sí misma el derecho de aspirar al supremo poder de la elegancia.

Por otra parte, parece que su forma de gobierno mas natural es la monárquica, pues siempre hay una mujer mas ó menos hermosa que lleva el cetro de la moda.

Si á la vez se atiende á la lucha incesante de encajes, de lazos, de dibujos y de colores, á la facilidad con que una extravagancia sustituye á otra extravagancia, al despotismo con que se impone la moda que manda, á la carcajada con que se rechaza la moda que cae, á la inconstancia de toda moda; si se atiende en fin á las casas que arruina, á las familias que deshonra, á las mujeres que pierde y á los hombres que envilece, en una palabra, á lo poco que vale y á lo mucho que cuesta, parece que es la anarquía producida por la licencia.

Pero sea de esto lo que quiera, es preciso convenir en que la moda es el cesarismo de la hermosura, mejor dicho, el bajo imperio de las mujeres.

La moda es un poder sin derecho.

Es el poder mas bajo de la tierra.

Su fuerza es la debilidad.

Parece que manda y solo vive adulando.

Todo se lo permite á las mujeres con tal que reconozcan su imperio.

Exige una fiel sumisión; pero en cambio consiente las mas peligrosas libertades.

Por eso una mujer que se hace esclava de los caprichos de la moda está á punto de ser una mujer libre.

Su programa, digámoslo así, es siempre el mismo.

Cae una moda y sube otra, y la que sube siempre dice:

— Ahora sí que vais á ser hermosas.

O lo que es lo mismo:

— Ahora sí que vais á estar seductoras.

Y se lo creen todas: lo mismo las que son hermosas que las que son feas, lo mismo las tontas que las discretas, lo mismo las niñas que las viejas.

Estamos, pues, en el momento crítico de uno de esos cambios que trasforman á las mujeres segun el capricho de la moda.

Las colas de los vestidos con que por espacio de tanto tiempo han barrido las mujeres las calles de Madrid están en crisis.

Por primera vez quizá experimenta la moda el disgusto de la contrariedad.

La cola gozaba entre las mujeres una popularidad victoriosa, y hasta las mas inconstantes parece que habian jurado la perpetuidad de las colas.

Hay en la mujer, por frívola que sea, cierta propensión á la majestad, y verdaderamente nada hay mas majestuoso que una falda mas ó menos rica arrastrada por una mujer.

Verdaderamente hay cierta crueldad en esa disposición de la moda.

Si la naturaleza, menos constante en sus decisiones, hubiera querido variar alguna vez los adornos con que para siempre ha vestido á todos los animales, podemos asegurar sin temor de que nadie nos desmienta, que no habria un pájaro siquiera que se resignara á ser descolado.

La moda acostumbrada á una obediencia ciega no contaba con que esta vez se exponía á no ser obedecida.

Una mujer sin cola no se concibe á sí misma, y por todas partes se nota esa resistencia que anuncia desde luego la lucha que se prepara entre los vestidos cortos y los vestidos largos.

Cualquiera que sea el resultado de esta contienda, los padres y los maridos deben mirarla con completa indiferencia.

Hay para ello una razón matemática.

Lo mismo tiene pagarle á la modista que al zapatero. El lujo que se suprime en la falda se hará indispensable en el calzado.

El orden de los factores no altera el producto, y ya lo verán Vds., sigan ellas con sus colas, ó se decidan al fin á descolarse, los padres y los maridos de las mujeres de moda, serán como siempre desplumados.

Esos padres y esos maridos tienen siempre el derecho de poder decir:

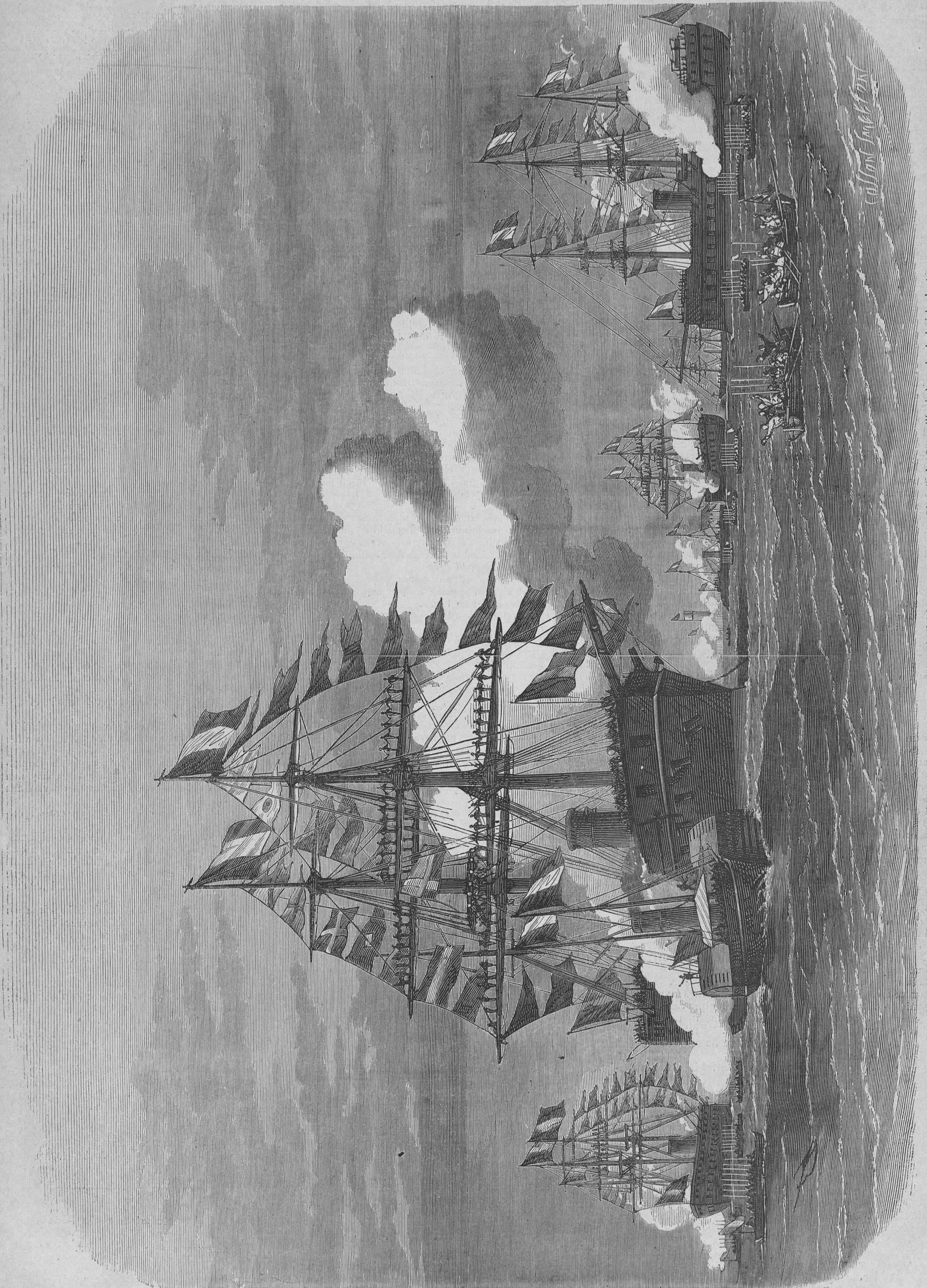
— ¡Oh cara hija! ¡Oh cara esposa!

José SELGAS.

Viaje de S. E. el ministro de Marina

Á ROCHEFORT Y Á LA ISLA DE AIX.

Antes de ir á la Rochela, donde debia presidir la sesión del consejo general del departamento del Charente-Inferior, el almirante Rigault de Genouilly, ministro de



Experimentos hechos con la nueva artillería de la marina francesa. — Llegada de S. E. el almirante Rigault de Genouilly á la rada de la isla de Aix.

Marina y de las Colonias, se detuvo en Rochefort y luego en la isla de Aix, donde pasó revista á la flota de coraza reunida en la rada. Un oficial de marina ha hecho los dibujos que publicamos, los cuales reproducen diversas fases de los ejercicios y de las interesantes experiencias que en presencia del ministro tuvieron lugar con los nuevos cañones de la marina francesa.

El 22 de agosto el ministro llegaba á la isla de Aix, despues de haber visitado el arsenal y los inmensos establecimientos marítimos de Rochefort, de los cuales publicamos hace algun tiempo diferentes vistas con una descripción detallada.

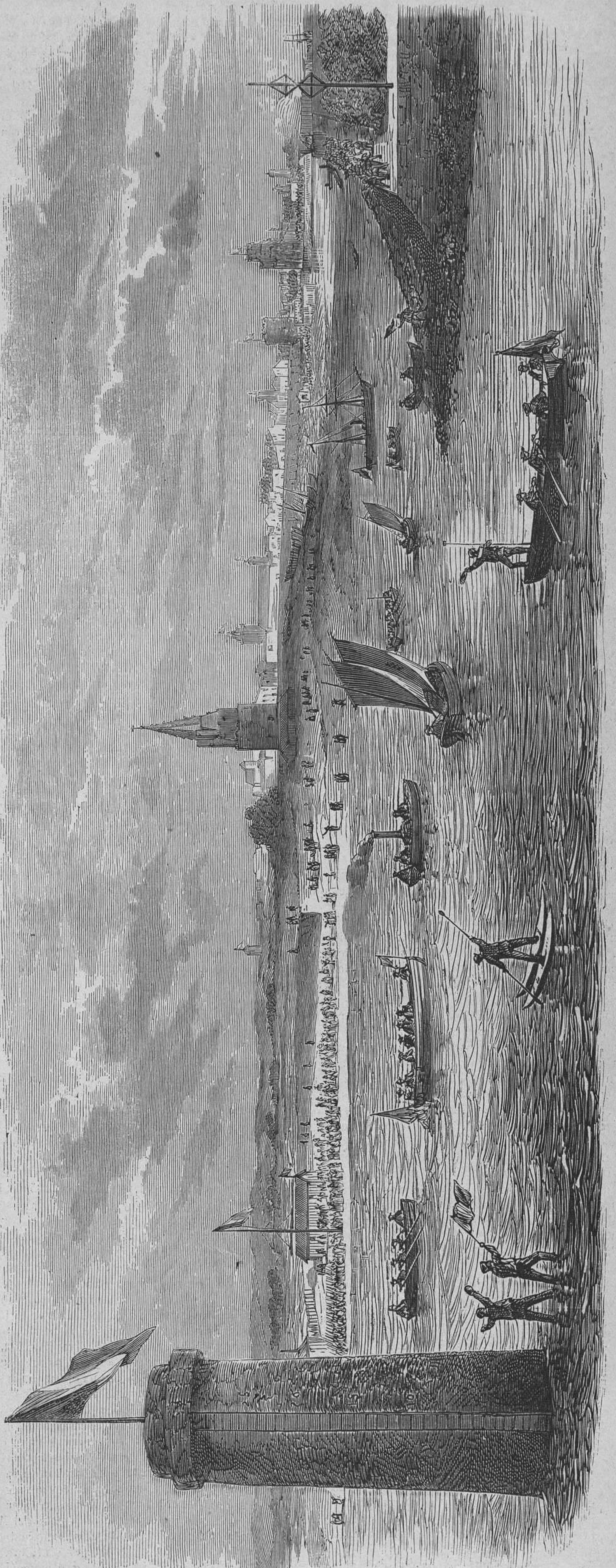
El contra-almirante Dompierre de Hornoy, comandante de la escuadra acorazada, habia recibido órden de pasar á la isla de Aix, y en la rada estaban fondeadas las fragatas de coraza la *Savoie*, la *Revanche*,



Los nuevos cañones de 24 centímetros. — Maniobra de una pieza á bordo de la fragata acorazada la *Savoie*.

la *Guienne*, la *Gauloise*, así como el *Limier* y el *Taureau*, cuya reunion formaba el animado é imponente conjunto que reproduce nuestra primera lámina. El ministro subió á bordo de la fragata almirante la *Savoie*, y dieron la señal de comenzar las experiencias. La *Savoie*, lo mismo que los demás buques de torrecillas del mismo tipo, está armada con los nuevos cañones rayados de 19 y 24 centímetros que se cargan por la culata, de los cuales hay varias muestras en la Exposicion universal, al lado de una enorme pieza de 42 centímetros, destinada á la defensa de las costas.

Uno de nuestros dibujos representa la maniobra, á bordo de la *Savoie*, de uno de esos cañones que lanzan á 2,000 metros y mas, balas de acero de 144 kilogramos de peso, y que á 1,000 metros taladran de un solo golpe una muralla de 80 centímetros, revestida de una coraza



Llegada de S. E. el almirante Rigault de Genouilly á la Rochela.

de 15 centímetros de grueso. A esto hay que añadir la precisión del tiro y la facilidad de la maniobra; quince á veinte hombres bastan para el servicio de cada pieza, que hace un disparo cada dos minutos. Estos resultados, confirmados por las últimas pruebas, dan una idea de los destrozos que pueden producir estos formidables instrumentos de destrucción.

Después de haber terminado sus ejercicios, la escuadra salió para la Rochela, adonde llegó á las cinco, y donde el almirante Rigault de Genouilly fué recibido por el prefecto del departamento, el alcalde y todas las autoridades de la localidad. Muchas embarcaciones salieron al encuentro del almirante, y las aclamaciones de la multitud, que se mezclaban con las de los marineros, dieron á esta recepción el mismo carácter de respeto y simpatía que se observó cuando pasó el ministro por Rochefort.

P. P.

Revista de Paris.

La crónica semanal contiene esta vez pocas noticias. Lo único que se dice, y para eso no es cosa oficial, sino un rumor que circula con mas ó menos crédito, es que se va á organizar una gran fiesta para cerrar la Exposición universal el 31 de octubre, fiesta á la que asistirá el emperador de Austria que, á mediados del susodicho mes, vendrá á visitar á los parisienses. Mientras tanto, ausente la corte de Paris y ausentes tambien todos los habitantes que no se hallan sujetos á la dura cadena de una ocupación continua, la capital se halla entregada á los forasteros que acuden en grandes masas á admirar las maravillas expuestas en el Campo de Marte. Ahora además de estas masas que envían en monton de todas las extremidades de la Francia los caminos de hierro, tenemos los grupos especiales como por ejemplo, el de los institutores que se hallan en la actualidad examinando todo lo que se refiere á la enseñanza pública.

Esta exposición es en verdad interesante por mas de un concepto. A su entrada se ven dos grupos, de los cuales el uno representa la Educación de la infancia y el otro la Instrucción de los adultos, y debajo del fronton se leen estas palabras del emperador Napoleon III:

«En el país del sufragio universal todo ciudadano debe saber leer y escribir.»

Cuatro salas se hallan consagradas á la instrucción pública y en ellas se ve representada toda la educación popular. Entrando en la primera de estas salas encontramos desde luego la escuela normal de Cluny que, aunque de creación reciente, se distingue ya por sus instrumentos de madera y sus diversos aparatos hechos por los alumnos.

En el fondo de esta sala vemos algunas muestras de los resultados que se han obtenido con las últimas expediciones científicas de los franceses.

¿Qué de fotografías hay en esta sala! Asia, América y Africa han contribuido á formar esas colecciones que son de un valor inestimable.

La segunda sala se halla destinada á la enseñanza profesional. Aquí las máquinas, las colecciones de historia natural, los aparatos para las operaciones químicas; allí las obras de las escuelas de marina, de la escuela central de Lyon y de tantas escuelas particulares donde se aprenden oficios.

Nada decimos de los libros, que se cuentan por miles.

Por lo que consta de esta exposición, los alemanes se han llevado en este punto de la enseñanza profesional una ventaja fuera de toda duda sobre todas las naciones.

En Madrid se ha formado una Junta de Damas, á la que pertenecen muchas de las principales señoras de nuestro país, que tiene por objeto la enseñanza profesional de las mujeres; y esta laudable institución que ha conseguido ya excelentes resultados, ha sido premiada con una medalla de plata.

La educación de la infancia está tambien representada abundantemente en la exposición de que venimos tratando. Lo mas nuevo que hallamos aquí pertenece á los Estados Unidos, que han instalado una escuela completa de instrucción primaria. Sin embargo, este modelo no es el de las escuelas de las grandes ciudades: es no mas que una muestra de escuela barata.

En la escuela noruega hallamos mayor lujo: aquí cada discípulo tiene su asiento y su pupitre separado. Una instalación de esta clase debe ser demasiado costosa para que se adopte en todos los países.

En las escuelas alemanas se observa que se miran con predilección los ejercicios manuales y la gimnasia.

Finalmente, falta algo en esta exposición, y es que los maestros americanos y alemanes enseñaran á vista del público cómo dan en sus respectivas escuelas la instrucción á la infancia. Esto habria coronado el espectáculo y habria sido de gran utilidad para los países donde se necesita la introducción de tantas mejoras como se observan en las escuelas de los Estados Unidos y de Alemania.

Ya que estamos en el célebre edificio del Campo de Marte, tan próximo á desaparecer, segun las noticias oficiales, no salgamos hoy sin decir algunas palabras acerca de un modelo de construcción presentado por la Inglaterra y que merece ciertamente ser señalado.

Es este el Museo de South-Kensington, colosal monumento que podrá servir á la vez de sala de concierto, teatro, mu-

seo, exposición y anfiteatro para juegos y conferencias.

Este inmenso palacio se eleva actualmente en el populoso barrio cuyo nombre tiene.

Con el fin de ayudarse á sufragar los gastos, los constructores han ideado enajenar desde luego todas las localidades en propiedad, es á saber, los palcos á razon de 1,000 libras esterlinas y las lunetas á 100 libras, y se dice que abundan las suscripciones.

En mayo último S. M. la reina Victoria tuvo á bien poner por sus propias manos la primera piedra de este edificio monumental, y á la ceremonia asistieron mas de 8,000 personas.

El monumento es de forma redonda, algo parecido al Coliseo, con cuatro pórticos y una galería corrida adornada con columnas.

En el centro habrá un circo con capacidad para 1,000 espectadores, con mas un anfiteatro superior, en el que podrán tomar asiento 1,400 personas.

En este anfiteatro habrá un sitio reservado á la orquesta que podrá componerse hasta de mil instrumentistas.

Por último, encima del anfiteatro habrá palcos y detrás salones circulares que servirán de paseo.

En el piso superior del edificio, que podrá contener 2,000 ó 3,000 mil personas, se expondrán las obras de arte, cuadros y estatuas.

En cuanto á los accesorios de este lugar de recreo diremos que detrás de las galerías habrá buffets en abundancia, acomodados á todos los gastos y á todas las condiciones de fortuna. Con este complemento indispensable en toda institución inglesa de alguna importancia, no cabe duda que el nuevo Museo de South-Kensington, que lleva tambien los nombres de Museo de Artes y ciencias y Museo del Príncipe Alberto, podrá ofrecer una fiesta continua y completa á sus parroquianos.

Después de la apertura de la Exposición universal se han emprendido diferentes expediciones al través del Atlántico, por atrevidos marinos americanos, con embarcaciones de dimensiones microscópicas. Hasta ahora estos rasgos de audacia habian tenido un resultado feliz; mas hé aquí que por último uno de estos frágiles esquifes ha hecho naufragio, pereciendo en él tres de los cuatro tripulantes que traía á Europa.

El que se ha salvado del furor de las olas, llamado Andrew Armstrong, ha publicado una dramática relacion de su osado y desastroso viaje.

La embarcación con que la emprendió, un pequeño yacht de dos y media toneladas, el *John T. Ford*, estaba destinado á hacer una excursión á Paris, pasando por el Havre. Con efecto, salió de Baltimore el 8 de junio é hizo escala el 8 de julio en Halifax. La tripulación se componía de cuatro personas. El yacht salió de Halifax el 18 de julio. Después de haber sufrido violentos golpes de mar, se halló en una posición muy crítica. El lastre se movió, y el *John T. Ford* se inclinó sobre un costado, batido en todos sentidos, en tanto que la tripulación, que fué precipitada al mar, intentaba subir á bordo.

«A pesar de todos mis esfuerzos, cuenta Andrew Armstrong, nos fué imposible enderezar el yacht. Tuvimos que permanecer agarrados á él. Dos de los hombres se sostenían sobre la quilla y otros dos en el palo. Durante toda la noche que siguió al naufragio, permanecimos en esta triste posición; muchas veces nos arrancaron las olas de nuestro débil apoyo, pero tuvimos siempre la suerte de alcanzarlo.»

«Al día siguiente, á las once y media de la mañana, avistamos un bergantín que se dirigía hácia nosotros. Al verlo, recobramos ánimo y esperanza. ¿Pero cuál fué nuestro asombro y nuestro dolor, cuando este buque, después de haberse acercado hasta casi tocarnos é izado en el tope el pabellón danés, siguió su bordada al largo sin prestarnos ningún socorro!»

«Cerca de una hora después de este desolador incidente, el segundo, John Shanney, me dijo que rogara por él. Comenzamos á orar, defendiéndonos como mejor podíamos del mar, que nos arrebatava á cada instante de los restos de nuestra embarcación. Al cabo de un momento, observamos que las orejas del segundo se habian hinchado prodigiosamente, y que sus ojos saltaban de las órbitas. Nos apretó la mano á todos, estrechó repetidas veces el retrato de su esposa; luego se enfureció súbitamente y mordió al capitán en el muslo. El capitán le rechazó gritando: «Por Dios, John, no me muerdas.» El desgraciado segundo se soltó, cayó al agua y desapareció inmediatamente.»

«Sobre las siete de la tarde, el grumete me suplicó que le sostuviera. Lo hice, pero apenas lo habia agarrado, una enorme ola nos arrancó de nuestro apoyo. El grumete se sumergió en el instante, el capitán flotó aun algunos momentos. Le oí gritar: «Que Dios ampare á mi pobre mujer y á mis hijos.» El desgraciado se hundió á su vez y solo yo pude alcanzar nuevamente los restos del yacht, donde permanecí á merced de las olas sin alimento y sin agua, sacudido violentamente á cada instante contra el buque. En esta horrible posición pasé mas de tres días, perdido en medio del Océano y presa de todas las torturas físicas y morales. En fin, el 23, á las cuatro de la mañana, el buque *Aerolito*, de Liverpool, apareció y me recogió en el momento en que, falto de fuerzas, iba á sucumbir.»

«Cuando me subieron al puente del *Aerolito*, habia perdido casi completamente el conocimiento; gracias á los cuidados del capitán recobré el sentido. Al día siguiente me traspasaron al *Mary-Bake*, que navegaba para Inglaterra. En este buque fui tambien objeto de solícitas atenciones.

Por último llegué á Londres, y de orden del cónsul de los Estados Unidos fui enviado á Sailor's-Home.»

El pobre marinero salvado tan milagrosamente de una muerte horrible, sigue en via de curación, pero sufre aun mucho; tiene todo el cuerpo estropeado y apenas puede servirse de sus piernas.

¿No servirá de lección esta desgracia á los hombres que sin utilidad y por puro antojo exponen su vida desafiando á los elementos?

Casi nos atreveríamos á afirmar que la lección no servirá á nadie de escarmiento, y en prueba de ello, ahí están los periódicos que nos dicen que un intrépido nadador llamado James Willing ha salido de Nueva York con ánimo de atravesar á nado el Océano para arribar á las costas de Europa.

Esto es algo mas grave que hacer la travesía en una embarcación por ligera que sea; verdad es que hay apuesta por medio, y que se trata nada menos que de cinco millones de pesos fuertes.

Con objeto de que el extraordinario nadador pueda sustentarse durante el viaje y dormir cuando tenga sueño, trae un ingenioso aparato hecho con un tonel impermeable, dentro del cual hay carne fiambre y galleta para medio año. Luego parece ser que viene sujeto por un cinturón á una armazón de balsa forrada de cautchú formando unos tubos huecos que le sostendrán sobre la superficie, y el único auxiliar de sus piernas y brazos, es una vela latina sujeta á dos barras de hierro, una horizontal y fija en la armazón, y la otra que en caso de tormenta puede plegarse, y que gira verticalmente.

Para resguardarse de la humedad, se ha puesto un traje impermeable tan flexible, que no le incomoda para el juego de las articulaciones.

Sus armas contra los enemigos acuáticos son un fusil y un machete.

Al abandonar la costa americana, fué aplaudido por un público tan numeroso como entusiasmado con esta expedición nunca vista.

Fletáronse algunos vaporcillos que le acompañaron hasta que fué de noche.

Finalmente, añaden los que dan esta noticia por medio de la prensa, que se han hecho apuestas considerables en favor y en contra del osado nadador que viene á visitarnos.

Dios le guie en su viaje.

La Exposición universal de 1867 habrá producido pues cosas bien singulares. La lástima es que esta exposición se acaba sin remedio el 31 de octubre próximo.

Entre lo mucho que se escribe en el día para ver si es posible evitar un fin tan desastroso, hemos leído esta semana un razonado artículo de un hombre competente cual ninguno, M. F. Ducuing, en el que se hacen observaciones muy oportunas.

Desde luego el articulista se pregunta por qué el señor mariscal Niel, ministro de la Guerra, ha propuesto á la comisión imperial la compra del esqueleto del palacio por la cantidad alzada de millon y medio de francos.

Después de esta pregunta, añade:

«Si el edificio es bueno para él, mejor es para nosotros. Puesto que quiere conservarlo, es prueba de que no le hace falta el terreno para los ejercicios militares, y en ese caso debe dejárnosle, que ya le sabremos aprovechar nosotros.»

«En primer lugar, está en nuestro favor el prefecto del Sena, que tiene muchos terrenos desocupados en torno del Campo de Marte, lo cual no es de desdeñar, en presencia de las exigencias siempre crecientes de su presupuesto. Pero tenemos otro cliente mas interesante, y es el distrito que comprende Grenelle y el Gros-Caillo, donde se cuentan 70,000 almas.»

«¿Con qué facilidad la corriente de la población se ha dirigido hácia el Campo de Marte! Prodigio es este que no se explica solo por la Exposición. ¿Qué se dirá el 31 de octubre á toda esa gente aglomerada en la avenida de Jena y en la puerta Rapp?... Los barcos de vapor, los omnibus, los carruajes especiales que hoy tanto trabajan, ¿qué será de ellos el 31 de octubre?...»

Otra consideración expone M. Ducuing, que es digna asimismo de tomarse en cuenta.

«Hay en Paris, dice, unos diez mil obreros que buscan la fuerza motriz, la cual se les alquila muy cara en establecimientos que explotan su necesidad. Ahora bien, á consecuencia de los embellecimientos de la capital, estos obreros, que representan el genio de la fabricación parisiense, tendrán que levantar el campo si no se halla un asilo para ellos. El asilo ahí está, dispuesto á recibirlos. En el Campo de Marte han reunido una fuerza motriz de mas de mil caballos distribuida en un contorno de 1,400 metros, bajo una galería de hierro donde circula libremente el aire. ¿No es este el caso de conservar dentro de Paris una población que amenaza emigrar fuera de su recinto, siendo la gloria de la industria francesa?»

Esto es ciertísimo, y entre todas las proposiciones que se han hecho para que se conserve el palacio del Campo de Marte, no hay ninguna que, á nuestro juicio, tenga un objeto de utilidad tan marcado.

Los teatros comienzan á dar señales de vida, pero hasta ahora no hemos visto mas que comedias de escasa importancia. Todo se reduce á vaudevilles mas ó menos excéntricos, esto es, mas ó menos grotescos, pues en el día los chistes de brocha gorda son los que obtienen en el público el éxito mas notorio. Diríase que el repertorio del Palacio Real se quiere hacer extensivo á todos los teatros. Estos sainetes de mala ley y las comedias de magia, constituyen la literatura teatral mas en boga en la época que atrave-

samos. Cada invierno, una ó dos piezas de Alejandro Dumas, hijo, Emilio Augier ó Victorien Sardou, entretienen un tanto á los aficionados á piezas literarias, y luego volvemos á caer en el vaudeville productivo, y en las piezas de grande aparato escénico que dan grandes entradas.

Justo es decir que los teatros líricos hacen mas por el arte.

Las funciones extraordinarias del mes de setiembre con que M. Bagier ha inaugurado este año la temporada, tienen un éxito brillante. Los extranjeros de paso en Paris y los forasteros provincianos que vienen á admirar las maravillas de la capital, cuentan en el número de ellas el Teatro Italiano cuando canta la Patti, y por lo tanto, no hay para qué decir que la concurrencia á estas funciones es extraordinaria, y que no andan escasos los aplausos.

Todo el repertorio de la célebre cantante, la *Sonámbula*, *Don Pasquale*, el *Barbero*, la *Traviata* y *Lucia*, alterna en estas representaciones en las que puede apreciarse bajo todas sus fases el talento de la incomparable artista, que cada día es ensalzada por el público y por la prensa con mayor entusiasmo.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

LA CAIDA DE LA HOJA.

¡Adios! tarde serena y apacible,
Sol que te ocultas tras la enhiesta loma,
Con los últimos rayos que me envías
Luz prestarás á mis postreras horas.

¡Adios! flores que hermosas me brindásteis
Perfume en vuestras candidas corolas;
¡Adios! pálida luna que ya brillas,
¡Adios! aves del bosque trinatoras.

¡Adios, adios! naturaleza augusta,
Raudal de poesía melancólica;
¡Adios! que ya la brisa del otoño
Lleva en sus alas las marchitas hojas.

¡Adios! que ya mi pecho destrozado
Dilata solo agitacion penosa,
Y á morir voy, cuando mi planta apenas
En el umbral de la existencia toca.

¡Adios! vida, que alegre me ofrecias
Salud y amor, y cánticos y aromas,
¡Adios, oh juventud! raudal fecundo
De esperanza y de dichas ilusorias.

¡Adios! goces sagrados y benditos
Que la familia brinda y atesora,
¡Adios! madre adorada, madre mia,
De mi infancia feliz guía amorosa.

Voy á morir; á abandonar el mundo
Aunque tus tiernos brazos me aprisionan;
Voy á morir, que de los tristes árboles
Murmuran ya las desprendidas hojas.

Mas, no llores, no, madre, que ya veo,
De mi dulce esperanza cual corona,
A nuestra madre la sagrada Virgen,
Que los brazos me tiende cariñosa.

¡Adios! madre, suplicale que calme
El acerbo dolor que te acongoja;
Virgen María, lleva tú mi alma
En tus amantes brazos á la gloria.

.....
Cual mustia flor se inclina sobre el tallo;
Dobló la niña la cabeza blonda,
Y arrullaron su muerte murmurando
Del triste otoño las marchitas hojas.

NARCISA PEREZ REOYO.

MI CUMPLEAÑOS.

¡Veinte y cinco primaveras!
¡Oh, qué existencia tan larga
Para mí, que entre dolores
Conté sus horas amargas!
Para mí, que me dió el cielo
Llena de ternura un alma,
Un corazón generoso,
Y una suerte desdichada.
Para mí, que cuando al mundo
Dirigí la vista vaga,

En el lejano horizonte
Fatal estrella brillaba.
Entre la vida y la muerte
Vine yo á la tierra infausta,
Entró el aire en mis pulmones,
Dí un gemido, y una lágrima
Surcó mi megilla tierna;
Y dando atroz carcajada
Sembró de espinas mi senda,
Batiendo alegre las palmas
Al rededor de mi cuna,
El genio de la desgracia.
Pasó el tiempo y yo crecía
De su trascurso en las alas,
Cual crece en su tallo el lirio
Que mas tarde despedaza
Con su fuerza poderosa
El soplo de la borrasca.
Pasó el tiempo, y el destino
Cual si de mí se burlara,
Ornó con flores mi frente,
De espinas sembrando el alma.
Trovas, músicas y fiestas
Juventud me regalaba.
¡Mas ay! que habia en mi pecho
Sin comprender yo la causa,
Profunda melancolía.

Siempre viví atormentada
Por crueles presentimientos
Agentes de la desgracia.
Pasó el tiempo y yo sufría,
Pasó el tiempo, y yo lloraba:
Pasó, y en su raudal vuelo
Arrancó con mano airada,
Con las flores de mi frente
La inocente paz del alma.
Y despues, ¡cuántos dolores
Clavaron su torva garra
Sobre mi seno infelice!
¡Cómo apuré desdichada,
Gota á gota, sorbo á sorbo
El cáliz de la desgracia!
Lágrimas en claro día
Y en alta noche callada;
Lágrimas en el invierno,
Y en la primavera lágrimas.
Mundo, si ves en mi frente,
Por el dolor marchitada,
Una arruga prematura
Y en mi cabeza una cana,
Respetá mis hondas penas,
Que han sido largas, muy largas.
No acuses con lengua impía
Sin comprender mi desgracia,
Al corazón de inconstante,
De mezquindades al alma.
Harto he llorado en la tierra;
Harto luché resignada
Con tormentos insufribles.
Y tú, ¡oh Dios! á quien no engaña
Con sofismas mentirosos
Quien tus decretos acata,
Te aclamo mi Juez severo,
Y te ruego prosternada,
Hoy que años cumplo en el mundo,
Que cuando la muerte aciaga
Me despoje de la vida,
Llegue volando á tu alcázar
A recibir tu sentencia,
Pura como está mi alma.

CATALINA RODRIGUEZ.

Isla de Cuba: Matanzas.

EL INSOMNIO.

¡Le conoceis? es mustia su mirada,
De pálido semblante, triste ceño:
Una sierpe en su diestra va enroscada
Para ahuyentar con ella el dulce sueño.

Con cautelosa planta, sin reposo
Agitarse le veis al pié del lecho:
Nada hostil en su porte misterioso,
Y lo mirais no obstante con despecho.

Yo le observé sin cólera y sin miedo,
Osada interrogarle proyectaba,
Mas me impuso silencio con un dedo
Mientras con triste risa me miraba.

Pugnaba por hablarle, mas en vano,
Contemplando su enérgica figura,
Con su siniestra y afilada mano
Replegó su flotante vestidura.

Sacó de entre sus pliegues al momento
Con misterioso afán negra varita,
Tocó mis ojos, y con triste acento
Dijo con lentitud: — Calla y medita.

Forzada á obedecer cerré los ojos
Y entonces en confuso torbellino
De mi imaginación en los antojos
Frente á frente me ví con mi destino.

Paso atrás, el sendero de mi vida
Ora cruzaba en rudo desvario
O al espacio lanzándome atrevida
Buscaba errante el porvenir sombrío.

Paso á paso vagaba por mi mente
El múltiple Coloso del pasado
Y una gota de hiel bañó mi frente
Al encontrar un *bien*, que fué soñado.

¡Dejadme, porque el pecho palpitante
Quiere lanzarse en pos de su tesoro!
Y el tiempo ineficaz en su calmante
No es capaz de enjugar mi triste lloro.

.....
Treguas doy al pesar; cierra su herida
Latente el corazón y se engrandece:
Aun me atrevo á esperar: ¡misera vida!
Quiero el goce alcanzar y desaparece.

Luego de mi letargo salgo ansiosa:
Busco despavorida al visitante,
Allí estaba: su vista luminosa
Fascinó mi pupila vacilante.

Rompo el lazo invisible que contiene
Mi firme voluntad, y me incorporo,
— ¡Tirano! murmuré; ¿no te detiene
Mi tácita tortura ni mi lloro?

Aléjate: que el sueño bendecido
Sin tu odiosa presencia me acudiera
Y en sus brazos el pecho dolorido,
Treguas á su penar luego tuviera.

Arrepentíme luego: su apostura
Hizo flotar su místico ropaje,
Sonó su voz en nota mal segura,
Sin permitir que su palabra ataje.

— ¡Misera! tu ansiedad y tu congoja,
Tu estéril suspirar, tu desvario,
La amarga gota que tus ojos moja
¿Quieres que calme con el sueño impio?

Cuando cierra tu párpado el cuitado
En febril impresión tu mente loca,
¿Cuál es tu despertar, qué habrás ganado,
Si el pesar con mas fuerza te sofoca?

Alza la frente, mírame, lamenta
Conmigo tu sufrir, pobre afligida:
Yo el bálsamo daré con que sustenta
Su frágil existir el alma herida.

Dijo, y mi ser en lánguido desmayo
Busca el apoyo de su mano fría:
Mas de la aurora el nacarado rayo,
Vé consternada que anunciaba el día.

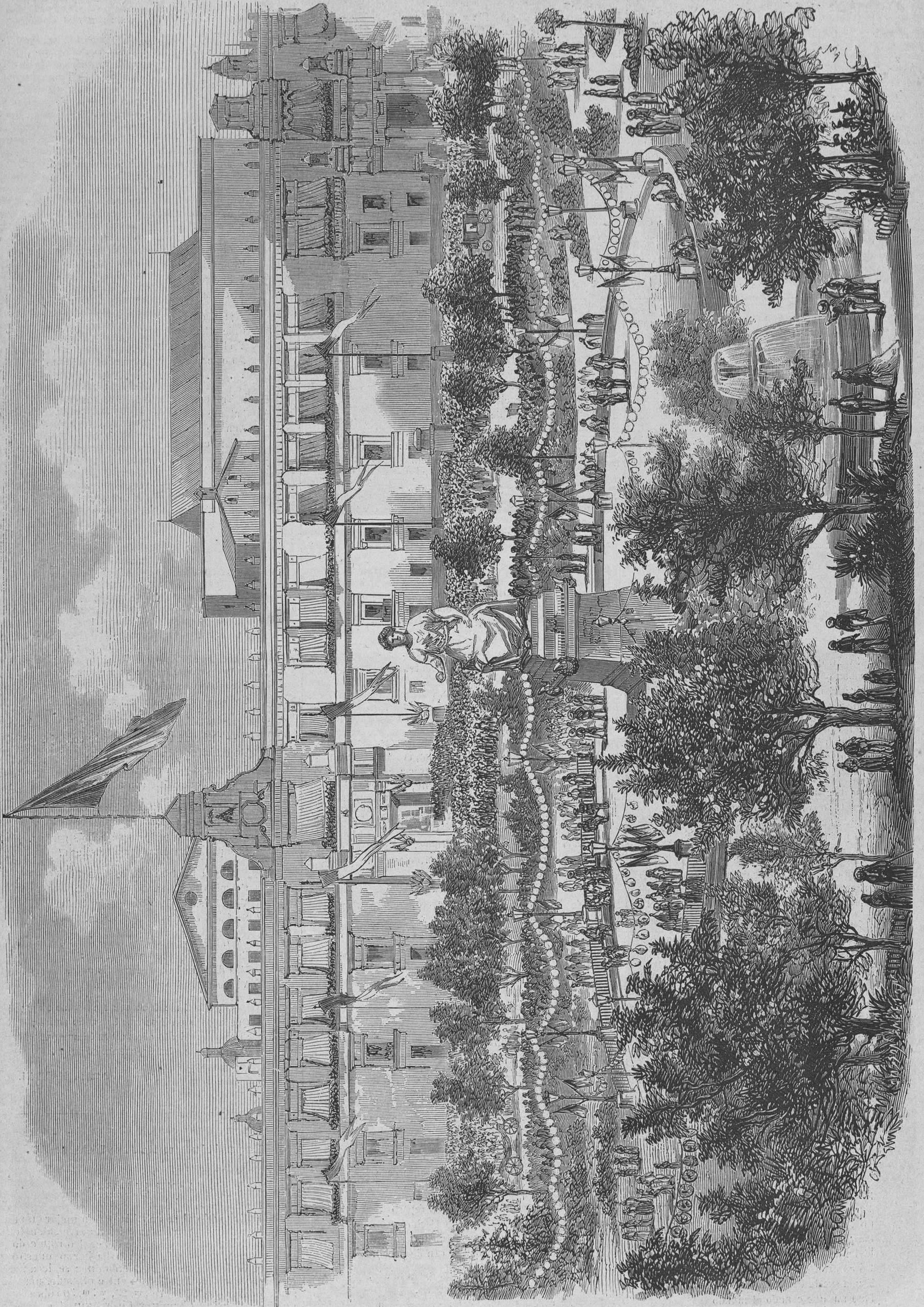
— ¡Adios! me dijo: que esa luz me aleja;
Queda en buen hora con tu sueño amigo;
Si el pensamiento alguna vez te aqueja,
Aquí me encontrarás, cuenta conmigo.

ANGELA MAZZINI.

Exposicion universal de 1867.

LA CALLE DE FRANCIA.

Todo aficionado al color y á la luz, lo mejor que tiene que hacer al entrar en la Exposicion universal, es tomar la seccion horizontal que parte del centro izquierdo del jardín elipse, y detenerse, como ha hecho nuestro dibujante, en el punto preciso en donde se levanta un inmenso espejo de Montluçon, entre otros dos mas colosales todavía (6^m, 56 sobre 3^m, 23, y 5^m, 50 sobre 3^m, 30) de Saint-Gobain, Chauny y Cirey, muestras magnificas, por su grueso y la homogeneidad de la materia



MÉJICO. — La plaza Mayor de Méjico el día de la llegada de Juarez.

de esta maravillosa industria. Cortada longitudinalmente por las cinco galerías de la Historia del trabajo, Bellas Artes, Material de las Artes liberales, y el Vestido, la calle de Francia desemboca en el Parque por la galería de las Máquinas. Su vestíbulo es el magnífico salón de escultura, cuyas paredes están revestidas con los cuatro inmensos mosaicos de mármol facticio y de cimientos coloreados expuestos por M. de Triquetti, con el nombre de *tarsias* de mármol, y llamados á un magnífico provenir decorativo; casi todas las esculturas de esta sala, limitada del Norte al Sur por el modelo de las bóvedas de San Dionisio y los dos leones de Barye, vaciados por Sauvage, representan al primer Napoleon en las diversas épocas de su vida.

Damos un paso, y nos encontramos á la derecha con los instrumentos de música, y á la izquierda con los de precisión, á cuya cabeza figuran los sublimes aparatos de Morse y de Rhumkorff, y á la derecha están también Sèvres y los Gobelinos en su museo prismático, el bronce con sus tonos severos, y Lyon, donde brillan en la seda todos los colores. A la izquierda y en el mismo orden, aparecen Baccarat y sus cristales, luego las dos Golcondas en fusión de la platería y la joyería, luego las armas y luego los metales en la galería de las Materias primeras.

En medio de cabo á cabo, como gruesas perlas en un estuche, como constelaciones en una vía láctea, se hallan los escaparates aislados de Rudolphi, de Lepec, el reló de pared de Pablo Garnier, los esmaltes, los corales, los bronces de aluminio, el criadero de esmeraldas, toda una colección de es-

plendores artísticos y de riquezas industriales. Mas no hay que detenerse en las aberturas laterales de las diversas clases que solicitan la atención; pues en este caso el detalle haría perder el prodigioso efecto de conjunto que acabamos de indicar en estas líneas. P. A. R.

vilegiadas. Actualmente el vapor pone todas estas riquezas al alcance de nuestra mano. Sin embargo, no es por esto menos notable que podamos contemplar en el parque de la Exposición, una escena de las calles de Túnez ó de Argel. P. P.

El vendedor

DE FRUTOS ARGELINOS.

El Oriente ha contribuido de un modo extraordinario al brillo pintoresco de la Exposición de 1867. Los hombres y las cosas han suministrado su contingente. El aficionado á curiosidades no deja de detenerse al frente del bazar de las frutas, que ofrece constantemente una de esas escenas familiares á los que han recorrido las ciudades argelinas.

Delante de una mesilla está sentado uno de esos vendedores orientales de tipo tan conocido. A su lado está en pie otro vendedor, que lleva en la cabeza el sombrero de paja tan propio para resguardarse de los ardores solares del desierto.

En su derredor no dejan de circular hombres, mujeres y niños con los trajes diversos, aunque siempre ricos y vistosos, que caracterizan y distinguen á cada una de las poblaciones del Oriente. No hay mas que pasar una hora en ese cantón especial del Campo de Marte, para comprender lo que ha hecho el Oriente en favor de la Exposición universal de 1867.

No hablaremos de las frutas que despacha el vendedor africano. ¿Quién no conoce los dátiles? ¿Quién no los ha visto ya conservados en racimos, ya puestos en cajas?... Y lo que decimos de los dátiles se aplica á las bananas y á los demás frutos exóticos que en otro tiempo solo se veían en Paris en las mesas de personas pri-



EXPOSICION UNIVERSAL. — El vendedor de frutos argelinos. ;



EXPOSICION UNIVERSAL. — Los espejos de la manufactura de Saint-Gobain, en la calle de Francia.

La Maladeta junto á Venasque.

ESCENAS DE LOS PIRINEOS.

(Conclusion.)

Después de haberlo arreglado todo amistosamente con mi huésped, me senté á sus piés en un taburetillo, y le dije con todo el respeto debido á la nobleza de su sangre, que tomase en consideración mi apetito, y que se diese tanta prisa como pudiese.

Mi larga carrera y el reflejo intenso de la cañada me habian atropellado en gran manera, y como la señora no estaba para hablar, la conversacion acabó bien pronto, mientras yo contemplaba la olla calladamente. No tardó en avisarme mi apetito, y rogando á mi noble huésped que me sirviese, observé que yacia dormida.

Era esta para mí una situación muy trabajosa; pero el hambre es una necesidad imperiosa y vulgar, y me decidí á despertarla.

Llevó á bien, y me dijo que como á la olla que habia en el fuego se reducía mi comida, dependia de mí comer cuando quisiese; y así derramó en la olla un chorrito de aceite amarillo, y me declaró que podia empapar en este líquido tanto pan como quisiese. Por desgracia habia yo nacido con mortal antipatía al aceite, y con riesgo de comprometer mi reputacion de hombre bien educado, manifesté mi ánimo de no tomar lo que me habia ofrecido; y acordándome de que la mochila de mi guía contenia los restos de una pierna de carnero que habiamos comprado en Luchon, corrí á buscarla.

La verdad sea dicha, la señora no pareció formalizarse; al contrario, con el mayor candor y presteza se puso á limpiar una mesita con una brocha, que, lo confieso, me pareció muy extraordinaria.

Era una parte de una cola de buey, y por medio de unas lindas vueltas que le hizo dar, logró poner en fuga todo un ejército de moscas, y limpió la mesa de las migajas de pan y otros restos que habia en ella. Es por demás decir que esta frugal comida se terminó muy pronto.

Mientras comia, no podia menos de reflexionar en todo el daño que puede causar un gobierno desatinado que llega á derramar el hambre y la escasez en una de las comarcas mas fértiles del mundo (1).

Como debia pasar la noche en esta casa, pedí á la señora que me enseñase mi aposento, el cual era un pequeño cuarto caliente como un horno, con los postigos cerrados, á fin de atajar los rayos del sol que caian á plomo sobre la ventana.

En esta pequeña pieza estaban encerradas las riquezas de la familia, esto es, sus lanas, cuyo hedor, en un aire caliente y sofocado, me pareció muy incómodo. Me quejé de ello, y la huésped consentió en hacer sacar sus vellocinos, llamando en su consecuencia á una criada, la que desempeñó al momento el encargo.

Mientras que esta quitaba la lana, la señora y un sacerdote, huésped habitual de la casa, me miraban con extrañeza, no pudiendo explicarse, al parecer, cómo consentia yo en ocasionar tanta incomodidad por tan poco motivo.

Entonces comprendí por qué una nacion que orilla en tal extremo las comodidades y los placeres de la vida, y una nacion que, como la nuestra (la inglesa), da á esto tanto valor, se avenian tan poco mientras estaban peleando juntas contra los franceses.

Esta antipatía era tal, entre estas dos naciones tan diferentes en sus costumbres, pero que tenian ambas el mismo engreimiento, que no fué uno de los menores méritos de nuestro generalísimo el impedir que viniesen á las manos.

El orgullo español queria que respetásemos su desdicha, y solo con harta trabajo nos decidiamos nosotros á tratar como á hombres civilizados unos individuos tan faltos de las comodidades de la vida social.

Venasque es una fortaleza, y por consiguiente tiene un gobernador y un castillo guarnecido por dos compañías: aunque como medio de defensa, este castillo no es de ninguna importancia; como era muy pintoresco, me decidí á dibujarlo.

Las consecuencias de esta resolucion me dieron á conocer que no aprobaban mi idea las gentes del pais. Me paseaba sosegadamente media hora hacia al rededor de la villa, cuando me sentí herido por un gran golpe detrás de la espalda. Volvíme y vi que era una gran piedra que me habian tirado, y que felizmente me habia tocado de plano y no de corte.

Reconocí luego que la habian tirado unos muchachos, á quienes la edad no hubiera podido servir ya de excusa, y que habian juzgado á propósito, al ejercitar su habilidad, tomarme por blanco. Cuando vieron que recogia su arrojadiza para volverles el cambio, se apresuraron á poner los piés en polvorosa.

Al volver á la villa, encontré á mi amigo, quien me hizo saber, con algun encortamiento, que acababa de mediar respecto á mí un vivo altercado con el gobernador, á quien habian dicho que habia dibujado la fortaleza.

Este celoso defensor de Fernando habia manifestado algun antojo de arrestarme para hacerme conducir á Zaragoza; y como recientemente lo habia hecho con

otro tory de mi nacion, á pesar de sus quejas y de haberle amenazado con la ira de nuestro embajador, esta noticia me causó algun desasosiego.

Sin perder un instante, y como el mejor medio de precaver esta novedad, que hubiera podido dar mas interés á la relacion de mi viaje, pero que me hubiera sido muy desagradable, saqué una copia de mi dibujo y escribí á S. S. para solicitar una audiencia. Se me concedió, y no tardé en ser introducido en presencia de aquel árbitro de la libertad individual. Le encontré con un cigarro en la boca y paseándose por una plazuela llamada *la Plaza*.

Desde luego hablé yo mismo de lo que se me habia dicho de las disposiciones tomadas contra mí, y después de haberle convencido de que yo no era francés, le insinué con delicadeza que su fuerte no corria riesgo alguno en ser dibujado á un cuarto de milla de distancia, y le rogué que aceptase el documento sospechoso.

Me pareció tan ignorante en el dibujo, que si le hubiese presentado un plano que hubiese contenido la elevacion de todos los muros de la ciudadela, no hubiera reconocido en él la menor analogía.

Después de algunas observaciones de su parte sobre los inconvenientes que habia en dibujar fortalezas (N. B. el único objeto que habia hecho resaltar en mi dibujo era una antigua puerta que daba en la plaza del mercado), terminó el avistamiento, haciéndome un rendido saludo, y deseándome muchos años de vida.

Me fué mucho mas agradable un brindis que se me hizo de ir á tomar el chocolate á casa de mi primer amigo de Venasque, por dos motivos; primero porque me daba la esperanza de una especie de comida, y además, para poder aprovechar la ocasion de examinar su género de vida interior.

Por lo que me presenté en su casa á la hora que me habia expresado.

La parte inferior de la casa estaba, como todas las que tuve ocasion de observar, ocupada por bodegas, pesebres y cocheras. Una antigua escalera maciza y espaciosa me condujo á una especie de antecámara por la cual se entraba á un salon, en comunicacion, en cuanto pude ver, con la cocina y los cuartos de dormir, y cuyo centro ocupaban cinco sillas formando un círculo regular, y destinadas á recibirme á mí y á los individuos de la familia, compuesta del padre y de la madre del dueño de la casa, de él y su esposa, bella, vivaracha, de cabellos negros y mirada penetrante.

Apenas estábamos sentados, cuando el ama de leche trajo una criatura á la cual la madre dió de mamar en mi presencia, sin hacer mas caso de mí que si fuese un espíritu.

Una vieja, aceitunada y sucia, nos presentó en seguida sobre un plato de plata, cinco jicaras que contenian lo sumo del exquisito chocolate.

Lo que yo sentia era que estas jicaras no fuesen mas grandes, y que las leyes del decoro no me permitiesen pedir otra. Sin embargo, lo elogí en términos tan expresivos, que fui convidado á tomarlo de nuevo el dia siguiente á las tres de la mañana, pues mi huésped habia dado cita en el hospicio para este dia á algunos de sus pastores, y trataba además de acompañarme hasta Luchon.

Puntual á mi cita, tomé de nuevo esta deliciosa bebida, y comí además de un plato que desgraciadamente fué el único. En seguida me despedí de Venasque, y nos pusimos en camino mi compañero y yo bajo un cielo pardo y nubloso.

Mi amigo montaba un hermoso caballo adornado de mantillas y arneses, y él mismo vestia el elegante traje aragonés y una rica capa que se habia embozado con tanto arte, que ninguna parte de su cuerpo estaba expuesta al ambiente sutil de la madrugada.

Apenas habiamos andado una legua, cuando el caballo de mi compañero, cuya fogosidad podia á duras penas contener, le arrastró á un tiro de fusil delante de mí.

De repente le ví rodeado de una partida de hombres de siniestro ademán, que le habian salido al encuentro desde las breñas y fragosidades de las montañas, y que le habian afianzado de las riendas.

Si hubiese estado dispuesto á huir, lo hubiera intentado en vano, porque mi pobre caballo no hubiera podido prestarse á esfuerzos extraordinarios.

Resignándome pues á mi suerte, y poniendo el mejor talante posible, me adelanté hácia mi amigo, no sin pensar en el encuentro de Gil Blas y del capitán Rolando, y determinado á ver, á mis riegos y peligros, lo que iba á suceder.

Habiase empeñado una desavenencia ruidosa, pero en una jerigonza que me era ininteligible. Los hombres á quienes tenia por foragidos hablaban con un tono imperioso, con la barba apoyada sobre el cañon de sus fusiles y el cuerpo envuelto en los pliegues oscuros de su capa.

Mi compañero me dijo que era una partida de la policia de las montañas, cuyo objeto es detener á todos los que viajan por las fronteras sin autorizacion del gobierno.

Añadió que por desgracia habia dejado su pasaporte en Venasque, y en este momento me acordé que yo tambien habia dejado el mio en Luchon.

Después de largas pláticas, nos insinuaron que un pequeño depósito de dinero podria orillar aquellas dificultades, que de otro modo podrian ser formidables.

Yo debí, como era natural, contribuir á enternecer á aquellos señores; y como el Gil Blas con el mendigo de Peñafior, poco á poco y una á una dejó caer algunas monedas en su sombrero, que ellos recibieron mas

bien como una deuda que como un regalo; después de lo cual abrieron sus filas para dejarnos pasar, saludándonos con un *vayan ustedes con Dios*, pronunciado con acento melancólico.

Como la mañana se avanzaba, mi amigo, con el ojo alerta, miraba por todas partes en las cimas de las montañas para ver sus rebaños.

Al fin me mostró uno, pero á tal altura, que con la vista sola, aquel rebaño de mil ó dos mil carneros no se veia sino como un hilo, y sus movimientos progresivos no eran mucho mas perceptibles que los de la aguja de un reló.

Sin embargo, poco á poco aumentaron sus dimensiones, al paso que se acercaba á nosotros, y le vi en seguida extenderse por la llanura, levantando nubes de polvo y haciendo el mismo ruido que un escuadron de caballería.

En aquel intermedio, los ladridos de un perro que oí de otra parte nos anunciaron la cercanía de un rebaño menos apartado, y en efecto vi bien pronto uno que desfilaba á nuestra izquierda por el valle, camino del hospicio.

Todos estos rebaños iban á apacentar en propiedades francesas, que logran con esto un grande provecho, arrendando sus pastos á los españoles, cuyos carneros no podrian vivir sino algunos meses en las faldas casi estériles de la Maladeta.

Adelantáronse al hospicio los mozos de mi compañero; y bien pronto dejé á esta especie de patriarca español rodeado de todos sus pastores, y comiendo con apetito un pedazo de carne que habian sacado para él de un caldero sucio, suspendido en medio del humo del fuego de la cocina.

Era el tal un hombre de mucho talento natural, pero que no habia podido desarrollar enteramente en aquella bárbara comarca.

Después de haber dejado mi caballo y haberlo enviado á Luchon por otro camino, entré en Francia por el paseo de Estonaq, que solo es accesible á los que viajan á pié, absorto con los primeros montaraces que acababa de ver, y no menos satisfecho de encontrarme rodeado de las comodidades que tanto deseaba.

M. DE T.

Estudios literarios.

SHAKSPEARE.

Guillermo Shakspeare, á quien podemos llamar el rey del teatro inglés, nació el 23 de abril de 1564, en Stratford, á orillas del Avon, en el condado de Warwick. Se tienen muy pocas noticias de los primeros años de la vida de este hombre tan célebre; y á pesar de las minuciosas investigaciones de la erudicion biográfica, provocada por el interés que despierta un nombre tan ilustre, los ingleses no conocen de él mas que sus obras. Todavía no se ha podido poner en claro si era católico ó protestante, y se disputa aun sobre si era ó no cojo, como el mas famoso poeta inglés de nuestro siglo.

Parece que Shakspeare era el mayor de una familia de diez hermanos. Su padre, traficante en lanas, habia desempeñado sucesivamente en Stratford las funciones de baile ó de alderman, hasta el momento en que ó sus pérdidas, ó tal vez su adhesión al catolicismo, le cerraron la puerta á todo empleo público.

Segun tradiciones, unia el oficio de carnicero á su comercio de lanas, y el joven Guillermo, repentinamente sacado de las escuelas públicas, donde sus padres no podian mantenerle, fué ocupado desde muy joven en las faenas mas duras de esa profesion.

Si hemos de dar crédito á un autor contemporáneo, cuando Shakspeare mataba un becerro, lo hacia con cierta pompa, no dejando nunca de pronunciar un discurso delante de los vecinos reunidos en torno de él.

La curiosidad literaria podrá, si quiere, buscar algunas relaciones entre esas arengas del joven aprendiz y la vocacion trágica del poeta; pero hay que confesar que semejantes primicias nos alejan mucho de las brillantes inspiraciones y del origen del teatro griego. Esquilo habia oido la voz de las musas en los campos de Maraton y en medio de las fiestas de Atenas triunfante.

Pero sea lo que fuere de estas primeras y humildes ocupaciones de Shakspeare, lo cierto es que se casó á los diez y ocho años con una mujer de mas edad que él, que le hizo, en poco tiempo, padre de tres hijos, cuyo recuerdo apenas ocupa ningun lugar en la historia. Esta union le habia dejado probablemente todas las costumbres de una vida sobrado aventurera.

Cazando una noche, dos años después de su enlace, con algunos de sus compañeros, los gamos de un hidalgo del canton, sir Tomás Lucy, fué preso por sus guardabosques, y habiéndose vengado de este primer contratiempo con una balada satírica, tuvo que huir á Londres para evitar las persecuciones del señor doblemente ofendido.

Esta anécdota es el hecho mas cierto de la vida de Shakspeare, pues la puso él mismo en escena, siendo el personaje ridículo el juez Shallow, que quiso entablar un pleito contra Falstaff por un delito de caza; y un recuerdo y una venganza de esa pequeña persecucion.

Llegado á Londres, se vió Shakspeare reducido á la necesidad de guardar á la puerta de un teatro los ca-

(1) Este artículo se redactó cuando gemia la España bajo el gobierno despótico,

ballos de los curiosos que lo frecuentaban, como pretenden algunos, ó desempeñó desde luego, como quieren otros, algún oficio subalterno en ese mismo teatro? No se sabe.

Lo que parece mas averiguado es que, en 1592, seis ó siete años despues de su llegada á Londres, era conocido ya, y hasta envidiado como actor y autor dramático. Un libelo de aquel tiempo encierra alusiones harto manifiestas contra él, cuya mordacidad descubre bien á las claras una envidia merecida.

Parece sin embargo que Shakspeare no se dedicó desde luego, ó al menos no se dedicó únicamente á componer dramas. Al publicar, en 1593, un poema de *Vénus y Adonis*, dedicado á lord Southampton, llama esta obra la *Primogénita* de su imaginación.

Este poemita parece enteramente amoldado al gusto italiano, tanto por lo esmerado del estilo, como por la afectación de las ideas y la profusión de las imágenes. Déjase percibir el mismo sabor en una colección de sonetos que dió á luz, en 1596, bajo el título *the Passionate Pilgrim*. Lo mismo puede decirse del poema de *Lucrecia*, otra producción de Shakspeare en la misma época.

Estos diferentes ensayos pueden mirarse como los primeros estudios de este gran poeta, á quien no se puede considerar, sin una equivocación crasa, falto de conocimientos y escribiendo á la aventura.

Sin duda ignoraba Shakspeare, aunque nacido en un siglo muy culto las lenguas antiguas; pero sabía el italiano, y además, ya en su tiempo las traducciones habían hecho pasar á Inglaterra todas las obras antiguas y muchísimas modernas.

Tampoco se hallaba en aquella época la poesía inglesa en un estado de indigencia y barbarie, pues empezaba ya á limarse. Spencer, que murió al asomar Shakspeare por el horizonte literario, había escrito un largo poema en estilo sabio, ingenioso, y con gusto elegante y afectado á veces, pero incomparablemente superior á la dicción grotesca de Ronsard, que florecía en la misma época.

Hasta el viejo Chaucer, imitador de Boccaccio y de Petrarca, ofrecía ya, en su bárbaro inglés del siglo decimocuarto, modelos de sencillez, y grande abundancia de ficciones bastante felices.

En medio de esos primeros tesoros de literatura nacional, y animado de un núnmen maravilloso, formó Shakspeare sus expresiones y su lenguaje.

Tal fué el primer mérito que se vió brillar en él, el carácter que primero llamó la atención de sus contemporáneos, como se ve por el epíteto que se le dió de *Poeta de lengua de miel*, y que se encuentra en todas las literaturas nacientes, como un homenaje natural tributado á los primeros que mas vivamente hacen sentir el embeleso de la palabra y la armonía del lenguaje.

Ese genio de la expresión, que forma aun en el día uno de los mas brillantes caracteres de Shakspeare, fué sin duda lo primero que vió en él su siglo. Como Corneille, creó la elocuencia y reinó por ella, siendo este el principal carácter que hizo descollar sus piezas teatrales en medio de la multitud de dramas, igualmente desordenados y bárbaros, que inundaban ya la escena inglesa.

Aquella época, en efecto, no fué estéril en producciones dramáticas. Aunque el aparato exterior del teatro era muy tosco é imperfecto, acudían las gentes con interés á las representaciones, y el gusto de las fiestas, generalizado por Isabel, y la prosperidad pública que iba siempre en aumento bajo su reinado, provocaban la repetición de semejantes diversiones.

Un célebre cortesano, el mismo á quien encargó pronunciar la odiosa sentencia de María Stuard (lord Dorset), había compuesto y hecho representar en Londres una tragedia de Gorboduc. En la misma época, Marlowe, daba á la escena el *Gran Tamerlán*, el *Deguello de París*, y la historia trágica del doctor Fausto.

Es de creer además que, prescindiendo de estas obras conocidas y publicadas, había en el repertorio de los teatros de aquel tiempo ciertas piezas de muchos autores, á las cuales daban á menudo los mismos comediantes la última mano.

Shakspeare ejerció primero su núnmen dramático en este género de tareas, debiéndose colocar entre esas obras de vestuario varias piezas bárbaras publicadas en su nombre, tales como *Lord Cromuel*, el *Pródigo de Londres*, *Pericles*, etc., y que no vienen comprendidas en la lista cronológica que dió de sus piezas el escrupuloso Malone, que hace subir hasta el año 1590 en que coloca su *Tito Andrónico*.

Desde esta época, Shakspeare, que vivía continuamente en Londres, excepto algunos viajes que de vez en cuando hacía á su pueblo patrio, dió cada año una ó dos piezas de teatro, tragedia, comedia, drama pastoril ó de fantasía.

Es bastante verosímil que su vida fuese cual podía ser la de un comediante con las costumbres de aquel tiempo, oscura, libre, y consolándose con los placeres de la falta de consideración que se le tenía: sin embargo sus contemporáneos, sin darnos ninguna de esas noticias preciosas, de esas anécdotas familiares que deseáramos poder contar de Shakspeare, elogian mucho su conducta y bondad.

Se conservan muy escasos recuerdos de su carrera de cómico, pero se sabe que en el *Hamlet*, representaba el espectro de una manera espantosa.

Desempeñaba otros muchos papeles, aconteciéndole con frecuencia tener que hacer varios en una misma pieza; y es ciertamente hoy día muy curioso é interesante ver figurar modestamente el gran nombre de

Shakspeare, entre tantos nombres oscuros, al frente de una obra olvidada, en aquellas listas de actores que preceden á las antiguas ediciones de dramas ingleses.

Tampoco nos ha quedado ninguna noticia sobre los favores y la protección que recibió de la corte. Se sabe tan solo que Isabel apreciaba su talento, y que le hacía mucha gracia el personaje bufon de Falstaff en Enrique V.

A nuestra delicadeza moderna le parecerá sin duda que la admiración de la severa Isabel hubiera podido hacer mejor elección, y que aquella reina, á la cual Shakspeare agradecido llamaba la *Hermosa Vestal sentada sobre el trono de Occidente*, podía hallar otras mil cosas mas dignas de ella en el gran pintor de las revoluciones de Inglaterra.

Lo que mas honra, al parecer, á esta princesa es la feliz libertad de que gozó Shakspeare en la elección de sus cuadros. Bajo su reinado absoluto, dispone el poeta á su albedrío los acontecimientos de Enrique VIII, describe su tiranía con una sencillez enteramente histórica, y pinta con los mas vivos colores las virtudes y los derechos de Catalina de Aragon, arrojada del trono y del lecho de Enrique VIII para ceder su lugar á la madre de Isabel.

No se le mostró menos favorable Jacobo I, quien acogió gustoso las predicciones lisonjeras para los Estuardos que colocara el poeta en medio de su terrible tragedia de *Macbeth*; y como se dedicaba á proteger por sí mismo el teatro, esto es, á esclavizarlo, quiso confiar á Shakspeare el nuevo encargo de director de los comediantes de Black-Friars; mas entonces fué cuando nuestro poeta, que contaba apenas cincuenta años, salió de Londres y se retiró á su pueblo.

Hacia dos años que disfrutaba allí de la pequeña fortuna que le proporcionara su trabajo, cuando le sorprendió la muerte. Su testamento, que ha sido publicado, y que lleva la fecha del año 1616, fué otorgado, segun dice él mismo al principio de este instrumento, *gozando de cabal salud*: despues de haber expresado sus sentimientos de piedad, dispone en él varios legados á favor de su hija Judit, de una hermana, de una sobrina, y en fin de su mujer, á la cual deja su mejor cama con sus colgaduras.

Aunque la reputación de Shakspeare haya crecido en los dos siglos que han trascurrido despues de su muerte, particularmente en nuestros días en que la memoria de su nombre ha venido á ser casi una superstición nacional, su pérdida fué sin embargo llorada de sus contemporáneos.

Ben Johnson, su tímido rival, le tributó su homenaje en unos versos en que le compara á los Esquilos, á los Sófocles, á los Eurípides, y en los cuales exclama con el mismo entusiasmo que los críticos ingleses modernos:

— Bien hayas, mi querida Inglaterra; tú puedes presentar un hombre á quien deben vasallaje todos los teatros de Europa.

No pertenecía á un siglo, sino á todos los siglos. La naturaleza misma se llena de orgullo con sus pensamientos, y se complace en adornarse con sus versos tan ricos en brillantez y con tanto arte tejidos.

Este entusiasmo se sostiene en toda la pieza de Ben Johnson, y termina con una especie de apoteosis de la estrella de Shakspeare, colocada en los cielos para vivificar enteramente el teatro con sus rayos de fuego.

La misma admiración se trasmitió y fué continuamente en aumento en Inglaterra; y á pesar de que en el siglo XVIII los furiosos de la guerra civil y las supersticiones puritanas, desterrando las diversiones teatrales, hubiesen interrumpido, por decirlo así, esa tradición perpétua de una gloria adoptada por la Inglaterra, se encuentran por donde quiera sus huellas y su memoria. Milton la consigna en algunos versos.

«¿Qué necesidad tiene, dice, mi Shakspeare de piedras amontonadas por el afán de un siglo para recibir sus cenizas veneradas? ¿qué necesidad tiene de que sean sepultadas sus santas reliquias bajo una pirámide cuya cúspide se pierda en las nubes? Hijo querido de la memoria, heredero de la inmortalidad, ¿qué te importan esos débiles testimonios de tu nombre? tú mismo te has erigido un monumento que jamás perecerá en nuestra admiración y en nuestro asombro, etc.»

Por estos y otros testimonios que sería fácil reunir, se ve que el culto de Shakspeare, decaído por algún tiempo por la frívola vanidad de la corte de Carlos II, no ha sido en Inglaterra el resultado de una lenta teoría, ni el cálculo tardío de una vanidad nacional.

Basta por otra parte estudiar el teatro de este hombre extraordinario para comprender su prodigioso influjo sobre la imaginación de sus compatriotas; y este mismo estudio muestra en él sobradas bellezas para no merecer la admiración de los demás pueblos.

La lista de las piezas que constan ser de Shakspeare contiene treinta y seis obras creadas en el espacio de veinte y cinco años, desde 1589 hasta 1614.

No brilla por consiguiente aquí la prodigiosa y loca fecundidad de un Lope de Vega, de un Calderón, de esos inagotables autores, cuyos dramas se cuentan á miles.

Aunque Shakspeare, segun Ben Johnson, escribía con una velocidad maravillosa y no borraba jamás lo que había escrito, vese, por el número limitado de sus composiciones, que no se amontonaron confusamente en su entendimiento, y que no salieron de él sin reflexión y esfuerzos.

Las piezas de los poetas españoles, esas piezas compuestas en veinte y cuatro horas, como decía uno de ellos, parecen siempre una inspiración favorecida por

la riqueza del idioma y por el núnmen del poeta; siendo la mayor parte pomposas y vacías, extravagantes y vulgares.

Los dramas de Shakspeare, por el contrario, reúnen á la vez los accidentes inopinados del núnmen, los arranques del entusiasmo y las riquezas de la meditación. El teatro español parece un sueño fantástico, cuyo desorden destruye su efecto, y cuya confusión no deja ninguna huella permanente.

El de Shakspeare, á pesar de sus defectos, es el resultado de una imaginación poderosa que deja profundos vestigios, y da realidad y vida á sus mas extraños caprichos. Pero ¿autorizan acaso estas observaciones á hablar del sistema dramático de Shakspeare, á mirar este sistema como rival del teatro antiguo, y á citarlo en fin como dechado que merezca ser preferido?

No lo creo. Por mas que se lea á Shakspeare con la mas atenta admiración, es difícil reconocer en él ese supuesto sistema, esas reglas de núnmen que dicen que se impuso, que siguió siempre, y que reemplazaron en él las constituciones de Aristóteles.

Pasemos por alto las ingeniosas teorías inventadas inoportunamente, y remontémonos al hecho. ¿Cómo encontró Shakspeare el teatro y cómo lo ha dejado? En su tiempo se concebía simplemente la tragedia como una representación de acontecimientos singulares ó terribles, que se sucedían sin unidad de tiempo ni de lugar. Las escenas del gracioso se barajaban en ella como por una imitación de las costumbres del tiempo; y, lo mismo que en la corte, el bufon del rey se presentaba en las mas graves ceremonias.

Este modo de concebir la tragedia, mas cómodo para los autores, mas variado para el público, fué seguido por todos los poetas dramáticos de aquel tiempo. El sabio Ben Johnson, mas jóven que Shakspeare y su contemporáneo: Ben Johnson, que sabía el griego y el latín, cayó precisamente en las mismas irregularidades que el inculto Shakspeare; presenta igualmente en la escena acontecimientos de muchos años; mezcla lo sublime y lo cómico, lo patético y lo trivial, los versos y la prosa; tiene el mismo sistema que Shakspeare, ó mas bien ni uno ni otro tenían ningun sistema: entrambos seguían el gusto de su tiempo, llenaban cuadros conocidos, con la sola diferencia de que Shakspeare, dotado de imaginación, de originalidad, de elocuencia, ponía en esos cuadros bárbaros y vulgares una infinidad de rasgos nuevos y sublimes, bien así como Molière, recogiendo el cuento ridículo del *Convidado de piedra*, que ocupaba todos los teatros de París, lo transforma, lo engrandece con la creación del carácter de D. Juan, de ese admirable dibujo de la hipocresía, que solo él mismo ha logrado dejar atrás en el *Tartufo* ó *Hipócrita*.

Tal es Shakspeare, que no reconoce otro sistema que su núnmen, y pone á la vista del espectador una serie de hechos mas ó menos apartados uno de otro, que era cuanto de él se exigía.

Nada refiere, sino que, siguiendo la práctica de sus contemporáneos, lo pone todo en escena. Ben Johnson, Fletcher y Beaumont no conocían ni mas ni menos el arte; pero en ellos con frecuencia esta excesiva libertad no producía mas que combinaciones vulgares, y además carecían siempre de elocuencia.

En Shakspeare, hasta las escenas mas bruscas y sin enlace ofrecen algo de terrible é inesperado. Esos personajes que se encuentran á veces casualmente dicen cosas que no cabe olvidar. Ellos pasan, mas queda su recuerdo; y en el desorden de la obra, es siempre poderosa la impresión que deja el poeta.

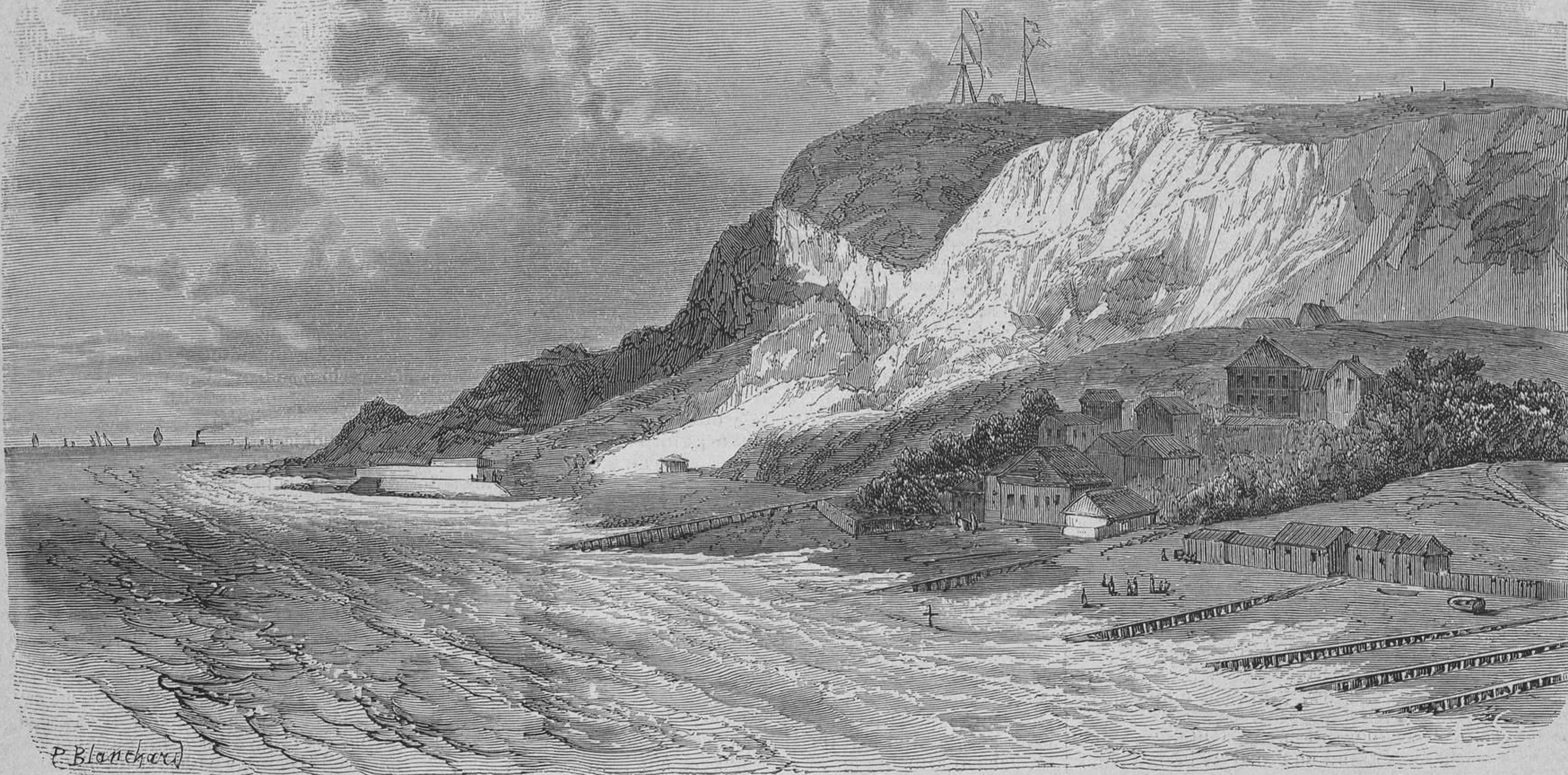
No es decir esto que Shakspeare sea constantemente natural y verdadero. Si es fácil descubrir en la tragedia francesa un no sé qué postizo y convencional, si se puede echar en rostro á Corneille aquel tono de galantería impuesto por su siglo, y tan ridículo en los grandes personajes que puso en escena, como ajeno de su propio género; si en Racine, la urbanidad y la pompa de la corte de Luis XIV ocupan el lugar de las costumbres severas y sencillas de la Grecia heroica; ¿cuán fácil no sería notar en Shakspeare una impropiedad de costumbres y de lenguaje mucho mas chocante! ¿Qué estudiado esmero da á veces á los giros metafóricos! ¿qué oscura y vana afectación! ¿qué contradicción, muchas veces, entre el lenguaje y la condición de los personajes!

Ese hombre que piensa y se expresa con tanto vigor, emplea sin cesar expresiones alambicadas y sutiles, para explicar con mucho trabajo las cosas mas sencillas. En esta parte sobre todo hay que tener presente la época en que escribía Shakspeare y la mala educación que recibiera de su siglo: las afectaciones italianas habían maleado el gusto en toda Europa.

El escolasticismo y la teología estaban muy lejos de reformarlo, y hasta la corte de Isabel tenía no sé qué pedantería y acicalamiento cuyo influjo debía extenderse por toda la Inglaterra.

Debemos confesarlo; cuando se leen los extraños discursos que el rey Jacobo hacía á su parlamento, no se extraña tanto el lenguaje que ha puesto tan á menudo Shakspeare en boca de sus héroes y sus reyes; debiendo mas bien llenarnos de pasmo el ver que haya hecho brillar tantos destellos de su núnmen en medio de tan ridículo caos.

Por lo demás, difícil es, si no imposible, llegar en este punto al entusiasmo de los críticos ingleses, que ha dejado en zaga la idolatría de los contemporáneos de Homero por el cantor de Ulises. Se ha hecho de Shakspeare un hombre que sin saber nada ha creado mucho, un profundo metafísico, un moralista incomparable, el primero entre los filósofos y poetas.



EL HAVRE. — Nuevo aspecto de los peñascos de Sainte-Adresse despues de los últimos hundimientos.

Se han prodigado las mas sutiles explicaciones á todos los accidentes de su fantasia poética; se han divinizado sus defectos mas monstruosos, y hasta se ha mirado la barbarie que recibia de su época como una invencion de su númen. Ya en el último siglo, Johnson, mistress Montague y lord Kaitnes, picados de los insultos y sátiras de Voltaire, habian llevado muy lejos su admiracion, ingeniosa á veces y verdadera.

Algunos críticos modernos echan en cara hoy dia á estos ilustres predecesores el no haber comprendido lo ideal poético realizado por Shakspeare, y solo conceden á M. Schlegel el haberse acercado á la verdad, cuando termina la enumeracion de todas la maravillas reunidas en Shakspeare con estas palabras enfáticas:

« El mundo de los espíritus y la naturaleza han pues-

to sus tesoros á sus piés: semi-dios en poder, profeta por la profundidad de sus miras, espíritu sobrenatural por la extension de su saber, mas elevado que toda la humanidad, se humilla hasta los mortales, como si no conociese su superioridad, y es cándido é ingénuo como un niño.»

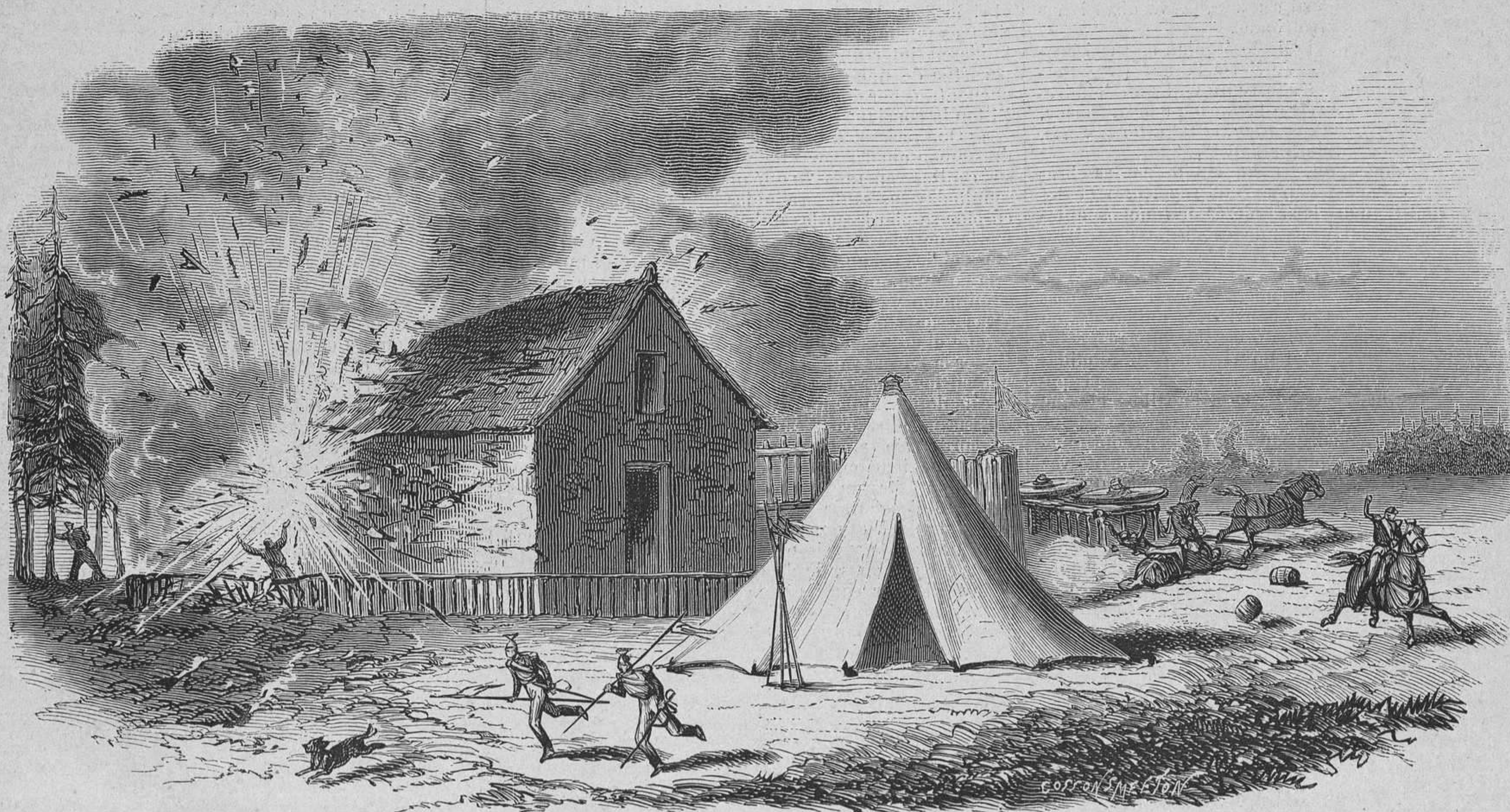
Sin embargo, no se debe juzgar del númen y del influjo que ha ejercido Shakspeare ni por la sutileza mística del literato alemán, ni por las chanzas, ni menos por las traducciones de Voltaire.

Mistress Montague ha hecho resaltar en su traduccion servil del Julio César, muchas inadvertencias y grandes bellezas que se ocultaron á otros; ella ha rechazado las sátiras de Voltaire por medio de la crítica juiciosa de algunos defectos del teatro francés; pero no pudiendo

paliar las enormes y frias ridiculeces de que están sembradas las piezas de Shakspeare; «no olvidemos, dice, que esas piezas debian representarse en una miserable hosteria, delante de un pueblo inculto, y que salia apenas de la barbarie.»

Todos los absurdos inverosímiles, todas las bufonadas que prodiga Shakspeare, eran comunes al grosero teatro que tenian los franceses en la misma época; pues tal es el sello de aquella edad: ¿por qué pues admirar ahora en Shakspeare unos defectos que han quedado profundamente olvidados por todas partes, y que solo han sobrevivido en el poeta inglés á causa de los brillantes rasgos de que los rodeara?

Es necesario por consiguiente, para juzgar á Shakspeare, desechar primero esas pinceladas, digámoslo así,



CAMPAMENTO DE CHALONS. — Explosion de un polvorin, el 30 de agosto.

de barbarie y de estragado gusto en que tanto abunda, siendo tal vez no menos necesario el abstenerse de hacer con esos monumentos del siglo de Isabel sistemas aplicables al nuestro. Si debiese nacer una nueva forma de tragedia del número de algún gran poeta, esa nueva forma no se asemejaría ni á la tragedia de Shakspeare, ni á la de Racine.

(Se concluirá.)

Hundimiento

de los

PEÑASCOS DE LA HEVE

Una serie de considerables hundimientos acaba de modificar completamente el aspecto de la cortadura de la Heve.

Hé aquí, según el *Journal du Havre*, cómo se ha producido este cataclismo. De lo alto de la cortadura se desprendieron enormes trozos de peñasco y de tierra, que se aplastaron sobre sí mismos ó fueron precipitados sobre la cortadura baja, que se encontró trasladada á mas de 100 metros dentro del mar por el enorme empuje que habia sufrido.

Este hundimiento fué acompañado de detonaciones, como de salvas de artillería, y toda la parte de la cortadura en donde ocurrió la catástrofe, se envolvió en una densa nube de arena y polvo.

No de una vez se produjo el hundimiento, sino sucesivamente, y las grietas inmensas que se distinguen en las orillas de la costa, parecen presagiar que no todo está concluido. Sin embargo, á la hora en que escribimos, se pueden calcular ya los daños y perjuicios.

El punto de partida de los hundimientos principia un poco mas allá de la capilla de Nuestra Señora de las Olas, y el fin está precisamente bajo el puesto de señales. Teniendo en cuenta las sinuosidades de la cortadura, la distancia entre ambos puntos puede calcularse en 500 ó 600 metros. La anchura de la banda de terreno que ha sido arrancada, es de 35 á 40 metros por término medio. En suma, es una superficie total de cerca de dos hectáreas.

La parte extrema del gran parque de las ostras ha sufrido mucho, y presenta la imágen de un verdadero caos. El alambre telegráfico, sostenido en postes que estaban á la orilla de la cortadura, ha sido roto, y muchos de estos postes han ido rodando al abismo, con la tierra en que se hallaban.

La causa de tan funesto trastorno se atribuye á la segregación continua de los calcáreos arcillosos propios para la fabricación de la cal hidráulica. Estos calcáreos forman la base y como el muro de apoyo de la cortadura; de manera que quitado este apoyo, y minada insensiblemente por el mar, no es de extrañar que esta cortadura se deslice y se hunda.

P. P.

Explosion de un polvorin

EN EL CAMPAMENTO DE CHALONS.

Un doloroso acontecimiento ha entristecido este año los últimos días del campamento de Chalons. La explo-

Unos veinte gastadores de los regimientos de línea 57º y 73º, se hallaban ocupados en almacenar las municiones de pólvora de la primera division, y trabajaban bajo la dirección del capitán de tiro del 57º, que no distinguió en el suelo, algunos pistones de fusil de aguja. El capitán hizo rodar los toneles para cargarlos. Los toneles aplastaron los pistones que estallaron, y esta primera detonación fué seguida inmediatamente de una

espantosa explosión, en medio de la cual desaparecieron, quemados, carbonizados, el capitán y los hombres de servicio.

El capitán quedó hecho trizas; solo á beneficio de algunos vestigios de su uniforme y sus insignias, se pudieron reconocer los restos de este desdichado oficial.

Cinco hombres del 73º y dos del 57º fueron también lanzados en los aires, y sus miembros dispersos, sangrientos y ennegrecidos, se hallaban sembrados por el suelo en un radio de mas de cien metros.

Esta desgracia produjo la mas penosa impresión en todo el campamento.

M. L.

Incendio

de la

CAPILLA DEL ROSARIO

EN VENECIA.

La abundancia de materiales nos ha impedido publicar antes el dibujo que acompaña, y que representa el aspecto de las ruinas de la capilla del Rosario después del incendio del 16 de agosto último.

La iglesia Santi Giovanni e Paolo, ó *San Zanipolo*, como la llaman vulgarmente, es de estilo gótico italiano del siglo XIV.

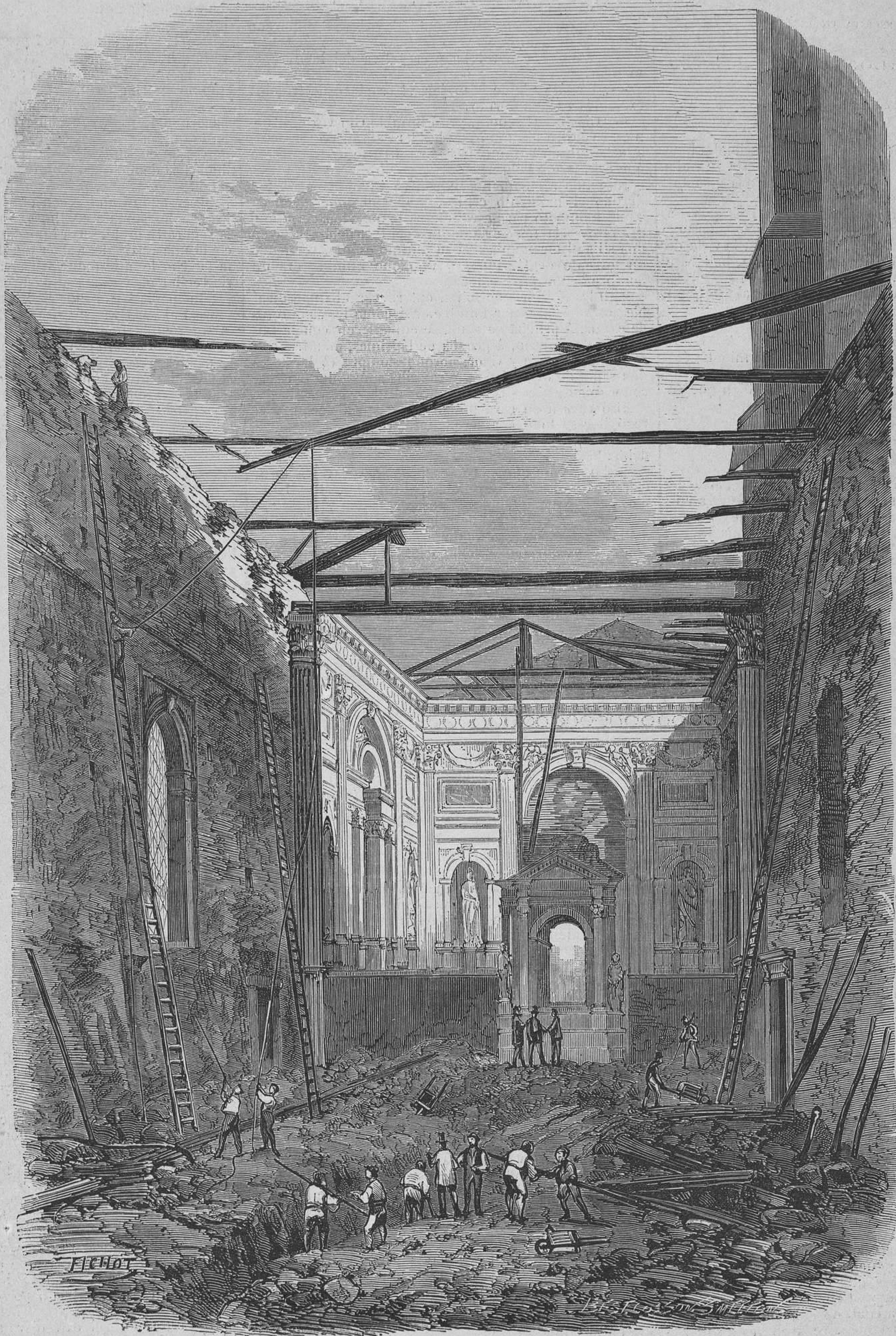
La capilla dedicada á Nuestra Señora del Rosario, que depende de ella, es de una época muy posterior: fué dibujada por Alejandro Vittoria, y pertenece al estilo de la decadencia.

Esta capilla estaba adornada con una porción de obras maestras, y su pérdida hace de este siniestro un desastre irreparable.

Habia allí, entre un crecido número de obras secundarias que completaban la rica ornamentación de la capilla, haciendo de ella un verdadero museo, habia, decimos, un techo de J. Palma, pinturas del Bassano y del Tintoretto, un altar esculpido por J. Cam-

pagna, y adornado con bajo-relieves por Tagliapestra, Bonazzo y Torretti; y por último, la obra sublime del Ticiano, tesoro inapreciable, que él solo valia tanto como todo lo demás, y del que no queda ya mas que el recuerdo.

El incendio, que se declaró en la noche del 15 al 16 de agosto, tuvo tiempo de hacer rápidos progresos antes que se sospechara su existencia; una hora se tardó, des-



VENECIA. — Incendio de la capilla de Nuestra Señora del Rosario. — Aspecto de las ruinas después del siniestro.

sion de un polvorin ha costado la vida á ocho hombres, y ha herido á otros dos gravemente.

El ala derecha del ejército, que formaba el campamento, tenia un polvorin donde se hallaban todas las municiones de los diferentes cuerpos de esta ala. Habíase dado órden para levantar el campamento el 1º de setiembre, y los cuerpos debían recoger sus municiones para llevarlas al depósito de artillería.

pues de haberse dado el grito de alarma, antes de que llegaran los socorros; hasta eso de las cinco no se logró derribar la puerta que comunicaba con una de las salas del hospital contiguo á la capilla, pero ya era tarde, y un monton de cenizas es lo que queda en el dia de tantas obras sublimes é inapreciables. P. P.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

El coche partió ruidosamente, desapareciendo bien pronto entre una nube de polvo. Cuando esta se hubo disipado y se perdió de vista la silla, dispersáronse todos los que la seguían con los ojos.

Pero habia una persona que aun miraba, fija la vista en el sitio por donde desapareciera el coche. Detrás de la cortinilla blanca, que la habia ocultado á la vista de Enrique cuando este miró hácia la ventana, hallábase Rosa sentada é inmóvil.

— Parece feliz, dijo al fin; yo temia por algun tiempo que fuese de otro modo, pero me he equivocado. Me alegro mucho, me alegro mucho.

La alegría hace llorar como el dolor; pero las lágrimas que bañaban el semblante de Rosa, mientras se hallaba en la ventana con los ojos fijos en la misma direccion, parecian lágrimas de dolor mas bien que de alegría.

XXXVII.

Hallábase Bumble sentado en el gabinete del asilo de mendicidad, con los ojos fijos en la chimenea, que atendida la estacion, no lanzaba mas claridad que la producida por algunos pálidos rayos del sol, reflejados en su fria y brillante superficie. Pendiente del techo veíase una jaula de papel para moscas, á la cual lanzaba el bedel de vez en cuando una mirada con aire preocupado, y al ver á los insectos revolotear con indiferencia, lanzó un profundo suspiro y se entristeció su semblante. Encontrábase predispuesto á reflexionar, y acaso él ver las moscas aprisionadas le recordaba alguna penosa circunstancia de su vida.

El aire sombrío del bedel no era lo único que hubiera contribuido á entristecer al espectador. Habia otros indicios en aquel personaje, que indicaban un gran cambio en su posicion. ¿Dónde estaba el traje galoneado y el famoso tricornio? Vestia aun, es verdad, un calzon corto, leviton con grandes faldones y medias negras; pero aquello no era lo mismo aunque se pareciese, y además, ¡qué diferencia! el imponente tricornio habia sido reemplazado por un sombrero redondo. El buen Bumble no era ya bedel.

Hay cargos sociales, que independientemente de las ventajas mas sólidas que ofrecen, tienen además su valor particular por el traje que les corresponde. Un mariscal tiene su uniforme, un obispo su sotana de seda, un consejero su toga, y un bedel su tricornio. Quidad al obispo su sotana y al bedel su tricornio y su traje galoneado; ¿qué serán entonces? Hombres y nada mas que hombres. La dignidad, y á veces la santidad, son cuestiones de traje, y mas de lo que se figuran algunos.

Bumble se habia casado con la señora Corney y era director del asilo de mendicidad; otro bedel desempeñaba su antiguo cargo, y habia heredado el tricornio, el traje galoneado y el baston.

— ¡Decir que mañana se cumplen dos meses! exclamó Bumble lanzando un suspiro. Parece que ha pasado un siglo.

Las palabras de Bumble podian significar que habia recorrido en el corto espacio de ocho semanas toda una existencia de felicidad; pero aquel suspiro... aquel suspiro queria decir muchas cosas.

— Me he vendido, continuó Bumble siguiendo el curso de sus reflexiones, por seis cucharillas de té, una tenacilla para el azúcar, un jarro para la leche, algunos muebles de lance, y veinte libras esterlinas en moneda cantante y sonante. ¡Eso es en verdad muy barato, extraordinariamente barato!

— ¡Barato! exclamó una voz agria al oido de Bumble; pues teneis entendido que es mas de lo que valeis, y que me habeis costado bastante caro. ¡Dios lo sabe!

Bumble volvió la cabeza, y se encontró con el rostro de su interesante mitad, la cual, no habiendo oido sino las últimas palabras de su esposo, se aventuró á soltar aquella, que no dejaba de ser oportuna.

— ¡Señora Bumble! exclamó el ex-bedel con un acento á la vez sentimental y severo.

— ¿Y bien? preguntó la dama.

« Si sostiene esta mirada, pensaba Bumble, ya puede sostener otra cualquiera, pues con ella nunca dejé de causar efecto en los pobres; si no sucede lo mismo con ella, voy á perder mi autoridad por completo. » Pero bien fuera porque acaso una mirada ordinaria basta para intimidar á los pobres, los cuales, atendida la escasez de su alimento, nunca se muestra muy valientes, ó ya que la ex-señora Corney estuviese á prueba de mi-

radas de águila, es lo cierto que la matrona, lejos de desconcertarse, miró á Bumble con aire desdenoso y lanzó una ruidosa carcajada.

Al oirla, quedóse Bumble estupefacto, sin dar apenas crédito á sus oidos, y volvió á caer en sus reflexiones, de las que no despertó hasta oír de nuevo la voz de su cara mitad.

— ¿Vais á estaros ahí roncando todo el dia? preguntó la señora Bumble.

— Estaré aquí el tiempo que me parezca, señora, contestó Bumble; yo no roncaba, pero roncaré, estornudaré, reiré y hablaré tanto como quiera, porque tal es mi prerogativa.

— ¿Vuestra prerogativa? repitió la señora Bumble con profundo desden.

— Lo dicho, señora. La prerogativa del hombre es mandar.

— ¿Y cuál es la de la mujer, si os place decírmelo? exclamó la viuda Corney.

— ¡Obedecer! señora, gritó Bumble con voz de trueno. Si vuestro difunto os lo hubiera enseñado así, acaso estaria aun en el mundo; y por mi parte, bien quisiera que así fuese. ¡Pobre hombre!

Juzgando rápidamente la señora Bumble que habia llegado el momento crítico, y que el golpe dado en aquel momento para asegurar la dominacion del uno ó del otro seria necesariamente decisivo, dejóse caer en una silla al oír nombrar á su difunto esposo, vertiendo un torrente de lágrimas, y dijo que Bumble era un hombre brutal y sin corazon.

Pero las lágrimas no solian enternecer el impermeable corazon del señor Bumble. Así como los sombreros de castor, á prueba de agua, se embellecen con la lluvia, así su corazon, á prueba de lágrimas, adquiria con estas mas energía y vigor, porque siempre el llanto es una señal de debilidad, y le causaba sumo placer el reconocimiento tácito de su superioridad.

Miró pues á su cara mitad con aire satisfecho, y la rogó llorase todo cuanto pudiera, toda vez que aquel ejercicio se consideraba por la facultad como muy saludable.

— Eso es cosa que abre los pulmones, lava la cara, ejercita los ojos, y aun dulcifica el carácter, dijo Bumble, y así, ya podeis llorar á gusto.

Así diciendo, Bumble descolgaba su sombrero, se lo ponía de lado con aire maton, como hombre orgulloso de haber asegurado su dominacion de una manera conveniente, y metiendo las manos en sus bolsillos, dirigiase hácia la puerta con aire fanfarron.

La ex-viuda Corney habia recurrido á las lágrimas, porque son de un uso mas cómodo que las vias de hecho; pero estaba resuelta á recurrir al último extremo, y Bumble no tardó en experimentarlo.

El primer indicio que tuvo fué un ruido sordo seguido de la caída de su sombrero, que fué á parar al otro extremo de la habitacion. La diestra matrona, despues de descubrirle la cabeza, le cogió del cuello con una mano, mientras con la otra descargó sobre Bumble una lluvia de golpes con inusitado vigor y sin igual destreza. Hecho esto, para variar un poco el ejercicio, arañóle la cara, le arrancó los cabellos, y juzgando con esto bastante castigada la ofensa, hizole caer sobre una silla, y le desafió á que se atreviese aun á hablar de su prerogativa.

— ¡De pie! dijo despues con tono de autoridad; marchad pronto, si no quereis que recurra á los extremos.

Bumble se levantó con aire compungido, y preguntándose qué entenderia su mujer por recurrir á los extremos, recogió su sombrero y se dirigió hácia la puerta.

— ¿Dónde vais? preguntó la señora Bumble.

— Ciertamente, querida mia, ciertamente, contestó Bumble, apresurando el paso hácia la puerta; yo no tenia intencion de... voy, querida mia... sois tan violenta, que yo...

En aquel momento la señora Bumble adelantó algunos pasos para extender la alfombra, que se habia desarreglado en la lucha, y entonces lanzóse el ex-bedel fuera de la habitacion sin concluir la frase, dejando á la ex-viuda Corney dueña del campo de batalla.

Bumble salía asombrado de la zurra que acababa de recibir.

Tenia una tendencia natural á echarla de maton, y complaciase en cometer mil pequeñas crueldades, y por consecuencia, ¿será necesario decirlo? era cobarde. No hacemos esta observacion para echar un borron sobre su carácter, pues muchas personas que desempeñan cargos oficiales, y á quienes se respeta y admira, se hallan sujetas á debilidades de este género. Si hacemos esta observacion, es mas que otra cosa para favorecerle, y con objeto de dar á conocer al lector cuál era su aptitud para las funciones que desempeñaba.

Pero aun no habian concluido sus humillaciones: despues de haber dado una vuelta por el asilo de mendicidad, reflexionando por la primera vez de su vida, que las leyes de los pobres eran demasiado rigurosas, y que los hombres que abandonan á sus mujeres, dejándolas á cargo de la parroquia, no deberian en justicia verse expuestos á ninguna penalidad, sino recompensados por haber sufrido mucho tiempo, Bumble se dirigió á una sala en la que habia por lo regular algunas pobres ocupadas en lavar la ropa del asilo, y de donde salia el rumor de una conversacion animada.

— ¡Hum! murmuró Bumble, tomando de nuevo su aire de importancia, esas mujeres al menos seguirán respetando la prerogativa; ¡hola, hola! ¿qué ruido es ese, picaras?

Al decir estas palabras, abrió Bumble la puerta y entró con cierto aire amenazador, que se convirtió en hu-

milde al reconocer con gran sorpresa suya á su esposa en medio del grupo.

— Querida mia, dijo, no sabia que estábais aquí.

— ¿No lo sabiais? replicó la señora Bumble. ¿Qué se os ofrece?

— Parecióme que se hablaba aquí demasiado para trabajar como conviene, querida mia, dijo Bumble, dirigiendo una mirada distraida á las viejas ocupadas en lavar, y que se comunicaban su admiracion al ver el aire humilde del director del asilo.

— ¿Os parecia que se hablaba macho? preguntó la señora Bumble. ¿Acaso os importa eso?

— Pero, querida mia... repuso Bumble con aire sumiso.

— ¿Os importa algo eso? preguntó de nuevo la señora Bumble.

— Es verdad, querida mia; sois el ama, pero yo pensé que no estariáis aquí.

— Oid, señor Bumble, contestó la matrona, aquí no haceis falta, y veo que sois muy aficionado á meteros en lo que no os importa. Todo el mundo se burla aquí de vos en cuanto volveis la espalda, y á todas horas del dia estais dando lugar á que os llamen imbécil. ¡Vamos, salid!

Observando Bumble con creciente pena, que las pobres se burlaban á cual mas, vaciló un instante; pero la señora Bumble, cuya impaciencia no admitia espera, cogió una vasija llena de agua de jabon, y señalándole la puerta, le intimó que saliese al momento, si no queria recibir el liquido sobre su majestuosa persona.

¿Qué podia hacer Bumble? Dirigió á su alrededor una mirada abatida y salió; pero al franquear la puerta, estallaron ruidosamente las carcajadas contenidas de las pobres. ¡No le faltaba mas que esto! Veíase deshonrado á sus ojos, y perdida ya su autoridad, habia caído desde la cúspide de las sublimes funciones de bedel hasta el fondo de un abismo de humillacion.

— ¡Todo eso en dos meses! murmuró Bumble, dominado por las mas lúgubres ideas; ¡dos meses!... ¡Solo hace dos meses que era yo dueño, no solo de mi persona, sino de todo aquel que tuviese algo que ver con el asilo parroquial; y ahora!...

Esto era demasiado. Bumble dió un bofetón al muchacho que le abrió la puerta de salida, y siempre pensativo, lanzóse á la calle.

Recorrió una calle y otra calle, hasta que el ejercicio hubo calmado la primera explosion de su pena, y despues de pasar por delante de varias tabernas, detúvose al fin á la puerta de una, en cuya sala, segun pudo asegurarse con una rápida ojeada, no habia mas que un solitario parroquiano. Como empezara á llover, decidióse á entrar, y mandó que le sirviesen de beber al pasar por delante del mostrador.

El individuo que habia en la sala era moreno, alto, estaba embozado en una capa, y parecia extranjero. A juzgar por su aire de cansancio y el polvo que cubria su ropa, era de presumir que acababa de hacer un largo viaje. Al ver entrar á Bumble, dignóse apenas contestar á su saludo con una ligera inclinacion de cabeza.

Suponiendo que el extranjero se hubiese mostrado menos cortés, Bumble tenia dignidad por dos; bebióse su cerveza y comenzó á leer el periódico con aspecto grave é imponente.

Sucedió sin embargo... como sucede con frecuencia cuando se encuentra un compañero en semejantes circunstancias, que Bumble comenzó á mirar de vez en cuando al extranjero; pero cada vez que lo hacia, apartaba los ojos con cierta confusion, al ver fijos en él los del extranjero. Lo que aumentaba aun mas la torpe timidez de Bumble, era la notable expresion de la mirada de aquel individuo. Sus ojos vivos y penetrantes revelaban la desconfianza.

Despues que sus miradas se hubieron encontrado varias veces, el extranjero, con voz breve y dura, rompió el silencio.

— ¿Me buscábais por ventura, cuando os acercásteis á la ventana? preguntó.

— Me parece que no; á menos que no seais el señor... Aquí se detuvo Bumble, porque deseaba conocer el nombre de su interlocutor, y creyó, en su impaciencia, que este concluiria la frase.

— Veo que no, dijo el desconocido con cierta ironia, pues de otro modo sabriais mi nombre; y como lo ignorais, os aconsejo que no trateis de averiguarlo.

— Yo no os deseo ningun mal, jóven, observó Bumble con tono majestuoso.

— No me habeis hecho ninguno, replicó el extranjero.

Hubo una pausa despues de este corto diálogo, y el desconocido volvió á tomar la palabra.

— Creo haberos visto ya otra vez, dijo; llevábais otro traje, y aunque no hice mas que pasar á vuestro lado, os vuelvo á reconocer. ¿No érais bedel?

— Sí, contestó Bumble un poco sorprendido; bedel parroquial.

— Eso es, repuso el extranjero moviendo la cabeza; y ¿qué haceis ahora?

— Soy director del asilo de mendicidad, contestó Bumble con lentitud, y recalando las palabras para reprimir el tono de familiaridad que parecia tomar el extranjero. Director del asilo de mendicidad, jóven.

— ¿Supongo que cuidareis ahora, tanto como antes, de vuestros intereses? replicó el desconocido fijando en Bumble una mirada penetrante. No vacieis en contestarme con franqueza, buen hombre, pues ya veis que os conozco bien.

— Creo, contestó Bumble, poniendo una mano al lado de los ojos y examinando al extranjero de piés á cabeza con visible inquietud; creo que un hombre ca-

sado, lo mismo que un célibe, se alegra de ganar honradamente un penique cuando puede. Los funcionarios parroquiales no están tan bien pagados, que puedan rehusar un sobresueldo, tratándose de adquirirlo de una manera decorosa.

Sonrió el extranjero é hizo un movimiento con la cabeza como para decir: «Ya veis que no me engañaba.»

Y llamando al mozo, le dijo, alargando el vaso de Bumble:

— Llenadlo de algo que sea fuerte y valiente. ¿No es así como os gusta, caballero?

— No muy fuerte, contestó Bumble tosiendo con delicadeza.

— ¿Comprendeis lo que quiere decir eso, muchacho? dijo con sequedad el extranjero.

Sonrióse el mozo y se marchó, volviendo á los pocos momentos con un vaso lleno y humeante. Al primer trago, la fuerza del licor hizo asomar las lágrimas á los ojos de Bumble.

— Ahora, escuchadme, dijo el extranjero, despues de haber cerrado la puerta y la ventana. He venido hoy aquí con la esperanza de encontraros, y por una de esas casualidades que el diablo depara á veces á los que le son predilectos, habeis venido á esta sala, precisamente en el momento en que pensaba en vos. Necesito que me suministreis un dato, y aun cuando es de poca importancia, no quiero que lo hagais de balde. Tomad esto para empezar.

Así diciendo entregó á su interlocutor dos soberanos por debajo de la mesa, teniendo cuidado de que no se oyese el sonido del oro; y cuando Bumble, despues de examirlos para asegurarse que eran de buena ley, los hubo metido en su bolsillo, continuó:

— Evocad vuestros recuerdos... Vamos... Hizo unos doce años el invierno pasado...

— Larga es la fecha, dijo Bumble. ¡Bueno!... ya estoy.

— El lugar de la accion es el asilo de mendicidad.

— ¡Bueno!

— Es de noche.

— Sí.

— En cuanto al sitio de la escena, era el espantoso lugar donde mujeres miserables van á dar la vida y la salud de que muchas veces carecen ellas mismas... poniendo en el mundo niños naturales destinados á ser la carga de la parroquia, y muchas veces á ocultar su vergüenza en la tumba.

— Supongo quereis hablar de la sala de partos, dijo Bumble.

— Sí, repuso el extranjero, allí nació un niño.

— Muchos, podeis decir, observó Bumble encogiéndose de hombros, como juzgando el dato muy vago.

— ¡Vayan al diablo todos esos chicos! exclamó el desconocido con impaciencia. Yo hablo de uno delicado y pálido, que fué aprendiz de un fabricante de ataudes que vive aquí cerca, y segun creo se escapó despues á Londres. ¡Ojalá estuviera enterrado en lo mas profundo de la tierra!

— ¡Ah! hablais de Oliverio... del pequeño Twist, repuso Bumble; ya me acuerdo; no habia un galopin mas testarudo.

— No es de él de quien quiero que me hableis, que bastante he oido ya, replicó el extranjero, cortando la palabra á Bumble cuando empezaba á hablar de los vicios del pobre Oliverio. Se trata de una mujer, de la vieja que cuidó á la madre. ¿Qué ha sido de ella?

— Eso es difícil decirlo, amigo, contestó Bumble, en quien la bebida iba produciendo su efecto. Las mujeres buenas nada tienen que hacer donde ella ha ido. Supongo que está fuera de servicio.

— ¿Qué quereis decir? preguntó el extranjero con aire sombrío.

— Que ha muerto el invierno pasado, dijo Bumble.

El desconocido miró fijamente á Bumble al oír esta respuesta, y aunque sus ojos no cambiasen de direccion, sus miradas parecieron extraviarse poco á poco y quedó absorto en sus reflexiones. Durante algunos momentos hubiera sido difícil decir si se alegraba ó no de la noticia; pero al fin respiró con mas libertad, y volviendo los ojos, dijo que aquello no era de gran importancia y se levantó como para marcharse.

Bumble era bastante malicioso, y conoció al momento que se ofrecia una ocasion para sacar un partido lucrativo del secreto que poseia su mujer. Acordóse del dia en que murió la vieja Sally, y á fe que tenia buenas razones para recordarlo, puesto que fué el mismo en que ofreció su mano á la señora Corney.

Aunque la viuda no le habia referido la escena de que ella únicamente fué testigo, sabia lo bastante para comprender que aquello tenia cierta conexión con alguna circunstancia relativa á la madre de Oliverio. Reunió pues prontamente sus recuerdos, y manifestó al desconocido con cierto misterio que habia una mujer que estuvo encerrada con la vieja Sally antes de morir esta, y que era de creer pudiese arrojar alguna luz en sus investigaciones.

— ¿Cómo podré yo encontrarla? preguntó el extranjero, sorprendido con estas palabras y mostrando claramente que de pronto acababan de despertarse sus temores.

— Solo por mi mediación, contestó Bumble.

— ¿Cuándo? preguntó con viveza el extranjero.

— Mañana.

— A las nueve de la noche, dijo el desconocido; á las nueve de la noche podeis conducirla al sitio que os indicaré. No necesito recomendaros el secreto, porque va en ello vuestro interés.

Al decir estas palabras, el extranjero sacó de su bolsillo un pedazo de papel y escribió con temblorosa mano las señas de una casa solitaria situada á orillas del rio.

Hecho esto, dirigióse hácia la puerta, despues de haber pagado la bebida, y se despidió de Bumble, diciéndole en pocas palabras que no iban por el mismo camino, y que no olvidase la hora de la cita para la noche siguiente.

Al mirar las señas, el funcionario parroquial notó que no habia ningun nombre... El extranjero no estaba lejos; Bumble corrió tras él para preguntárselo.

— ¿Qué es eso? preguntó el desconocido volviéndose con viveza al sentir que le tocaban el brazo. ¡Me seguis por ventura!

— Una palabra solamente, dijo Bumble enseñando el pedazo de papel; ¿por quién preguntaremos?

— ¡Por Monks! contestó el extranjero alejándose precipitadamente.

XXXVIII.

En una calurosa y sofocante noche de verano, cuan las nubes, que habian sido amenazadoras todo el dia, empezaban á dejar caer gruesas gotas, presagiando una violenta tempestad, los dos esposos Bumble, saliendo de la gran calle de la ciudad, dirigianse hácia un pequeño grupo de casas arruinadas, que se hallaban á una milla y media de la poblacion, construidas en un terreno pantanoso y mal sano, á orillas del rio.

Ambos vestian trajes viejos y usados, sin duda con el doble objeto de guarecerse de la lluvia y de no llamar la atención. El marido llevaba una linterna apagada é iba delante, para procurar sin duda á su mujer, en vista del lodo que cubria el camino, la ventaja de poner el pié en las grandes huellas de su pasos.

Caminaban en el mas profundo silencio; de vez en cuando deteníase Bumble y volvía la cabeza para ver si le seguía su esposa, y asegurado de esto, continuaba su marcha, avanzando rápidamente hácia el término de su expedición.

Aquel barrio estaba muy lejos de tener una reputación dudosa, pues ya hace mucho tiempo que era harto conocida; y así, sabíase perfectamente que solo habitaban en él bandidos peligrosos, que aparentando vivir con el trabajo, tenían su principal recurso en el robo y el crimen.

Era un conjunto de miserables barracas, construidas unas de ladrillo y otras de madera vieja, y situadas á muy poca distancia de la orilla del rio. Veíanse sujetas á un pequeño muro, que separaba el rio de un pantano, varias embarcaciones averiadas; aquí y acullá, un remo ó un cable parecían anunciar á primera vista que los habitantes de aquellas miserables chozas se ocupaban en algun trabajo en el rio; pero al ver que aquellos diversos objetos, así expuestos á las miradas, estaban usados y fuera de servicio, no era difícil conocer que solo se hallaban allí para salvar las apariencias y no para ser empleados en un servicio activo.

En el centro de aquel confuso monton de chozas, á la misma orilla del rio, elevábase un vasto edificio, ocupado en otro tiempo por una fábrica, donde probablemente encontraban trabajo los habitantes de los alrededores; pero desde hacia mucho tiempo hallábase aquel edificio en estado ruinoso.

Las ratas, los reptiles y la humedad habian carcomido los cimientos, y una gran parte del edificio estaba hundida en el agua, mientras la otra, vacilante é inclinada sobre el rio, solo parecia aguardar una ocasion favorable para hundirse tambien é ir á reunirse con su compañera.

Delante de este edificio fué donde se detuvieron los esposos Bumble, en el momento en que el trueno comenzaba á rebramar á lo lejos y la lluvia á caer con fuerza.

— Por aquí debe ser, dijo Bumble, consultando un pedazo de papel que llevaba en la mano.

— ¡Hola! gritó una voz.

Levantó Bumble la cabeza, y vió en una ventana la cabeza de un hombre.

— Esperad un poco, dijo la voz; bajo al momento.

Y desapareció la cabeza, cerrándose de pronto la ventana.

— ¿Es ese el hombre á quien buskais? preguntó la señora Bumble.

Bumble hizo una señal afirmativa.

— Entonces, dijo la matrona, atencion á lo que os he dicho; tened cuidado de hablar lo menos posible, pues de lo contrario os vais á descubrir á las primeras palabras.

Bumble, que contemplaba las barracas con aire asustado, iba quizás á manifestar alguna duda sobre la seguridad que podria ofrecer el aventurarse mas en aquel negocio, cuando apareció Monks, y abriendo una pequeña puerta, les hizo seña para que entraran.

— Vamos, dijo con impaciencia, dando una patada en el suelo... ¿Pensais hacerme esperar mucho tiempo?

La mujer, que vacilaba al principio, entró resueltamente sin decir palabra, y entonces Bumble, ya por vergüenza ó por temor de quedar solo, la siguió con aire inquieto, y sin conservar nada de aquella dignidad majestuosa que le era peculiar.

— ¿A qué diablos os quedais ahí en el lodo con la boca abierta? preguntó Monks dirigiéndose á Bumble y cerrando la puerta con llave.

— Nosotros... tomábamos el fresco, balbuceó Bumble mirándole con espanto.

— ¡El fresco! ¿eh? replicó Monks. ¡Sí, sí! toda la llu-

via que ha caído y que aun tiene que caer en este mundo, no es bastante para apagar la llama infernal que puede encerrarse en el pecho de un hombre. ¡Tomar el fresco! no es el agua la que os refrescará, perded cuidado.

Despues de este apóstrofe, volvióse Monks hácia la matrona, y fijó sobre ella una mirada tan amenazadora, que aunque no era una mujer fácil de intimidar, bajó los ojos sin poderla resistir.

— ¿Es esta la mujer de quien me hablasteis? preguntó Monks.

— Sí, contestó Bumble, recordando las recomendaciones de su esposa.

— ¿Creéis acaso que las mujeres no pueden guardar nunca un secreto? preguntó la señora Bumble, interrumpiendo á su marido, y dirigiendo á Monks una mirada penetrante.

— Sé que hay uno que guardan siempre hasta que se descubre, dijo Monks con desden.

— ¿Cuál es? preguntó la matrona en el mismo tono.

— El de la pérdida de su reputacion, contestó Monks; por el mismo motivo, si una mujer posee un secreto que pueda conducirla á la horca ó á las galeras, no temais que se lo comunique á nadie. ¿Me entendeis, señora?

— No, contestó la matrona, ruborizándose ligeramente.

— ¡Oh, es claro! dijo Monks con ironía; ¿cómo habiais de entenderlo?

Y mirando á sus huéspedes con aire entre sordónico y amenazador, hizoles una seña para que le siguieran, y atravesó con paso rápido una sala muy larga y baja. Ya iba á subir una escalera que conducía al piso superior, cuando brilló de repente el fulgor de un relámpago, y oyóse un espantoso trueno que conmovió el edificio hasta sus cimientos.

— ¿Oís? exclamó retrocediendo; ¿oís ese estruendo, que parece repetido por el eco de mil cavernas, donde los demonios se ocultan de miedo? ¡Al diablo esos truenos!... ¡me causan horror!

Monks guardó silencio algunos instantes, y apartando despues las manos con que habia cubierto su rostro, dejóse ver, con gran asombro de Bumble, pálido como la muerte y con las facciones trastornadas.

— Me atacan de vez en cuando estos accesos, dijo Monks, notando el aspecto alarmado de Bumble, y algunas veces el trueno es la causa de ellos; pero no hagais caso, ya se pasó.

Hablando así, subió el primero la escalera, apresuróse á cerrar la ventana de la habitacion donde acababa de entrar, y bajó una linterna suspendida de una polea cuyas cuerdas pasaban por una de las gruesas vigas del techo. El dudoso reflejo de aquella luz iluminó entonces una mesa vieja y tres sillas, único mueblaje que se veía.

— Ahora, dijo Monks cuando estuvieron sentados, cuanto antes hablemos del negocio será mejor. Esta mujer sabe ya de lo que se trata, ¿no es verdad?

La pregunta se dirigía á Bumble; pero su mujer se anticipó, contestando que estaba al corriente del asunto.

— Me ha dicho que estuvisteis con aquella vieja bruja la noche de su muerte, y que os reveló alguna cosa...

— Sobre la madre del niño de quien hablasteis, contestó la matrona interrumpiéndole; es verdad.

— Hé aquí mi primera pregunta: ¿sobre qué os habló aquella vieja? dijo Monks.

— Esa debe ser la segunda pregunta; la primera es averiguar cuánto vale la revelacion.

— ¿Quién diablos podrá decir lo que vale sin saber de qué género es? preguntó Monks.

— Segura estoy que nadie mejor que vos puede hacerlo, contestó la señora Bumble, con esa vivacidad de que tenia hartas pruebas su esposo.

— ¡Hum! murmuró Monks con aire significativo; aquí se trata de ganar dinero, ¿eh?

— Es posible, contestó la matrona.

— Se trata de alguna cosa que la quitaron, observó Monks con viveza, algo que llevaba... cierta cosa...

— Basta, interrumpió la matrona; ahora estoy segura que sois el hombre á quien debo dirigirme.

Bumble, á quien su cara mitad no habia dado ningun detalle sobre el secreto, escuchaba aquel diálogo con el cuello tendido, fijando sus ávidas miradas tan pronto en Monks como en su mujer, sin disimular su asombro que aun se acrecentó al oír al primero preguntar qué suma exigía por revelar el secreto.

— ¿Cuánto vale para vos? preguntó la matrona, dueña ya de sí misma.

— Acaso nada, quizás veinte libras esterlinas, contestó Monks; hablad si quereis que lo sepa.

— Aumentad cinco libras esterlinas; dadme veinte y cinco guineas, dijo la mujer, y os diré todo lo que sé... pero no antes.

— ¡Veinte y cinco libras esterlinas! exclamó Monks retrocediendo.

— Os he hablado con claridad y franqueza; me parece que la cantidad no es tan crecida.

— ¡Que no es crecida! replicó Monks con impaciencia; por un miserable secreto, que acaso no me servirá de nada cuando le sepa, y que ha estado envuelto en el olvido por espacio de mas de doce años.

— Esas son cosas que deben guardarse, y que como el buen vino doblan de precio con el tiempo, contestó la matrona con el mismo tono indiferente que habia empleado hasta entonces.

— ¿Y si lo que pago no vale nada? preguntó Monks vacilando.

— Entonces podreis recoger vuestro dinero fácilmente,

dijo la matrona; soy una mujer, y estoy aquí sola y sin protección.

— No estais sola ni sin protección, observó Bumble con voz que el miedo hacia temblorosa. Aquí estoy yo, amiga mia, y además, el señor Monks es demasiado caballero para cometer una violencia con funcionarios parroquiales. El señor Monks sabe que ya no soy ningún niño, que tengo un carácter fuerte y resuelto, y que mi fuerza es poco comun cuando se enciende mi cólera. Esto es todo lo que necesito.

Al hablar así, el señor Bumble hizo un gesto y blandió su linterna con aire amenazador; pero la expresion de sus trastornadas facciones cuadraba muy mal con su ademan belicoso, revelando que estaba muy lejos de montar en cólera como no fuese contra los pobres ú otra gente indefensa.

— Sois un necio, dijo la señora Bumble, y seria mejor que os calláseis.

— Mejor hubiera hecho en cortarse la lengua antes de venir aquí, si no sabe hablar mas bajo, repuso Monks. ¿Conque este hombre es vuestro marido?

— ¡El mi marido! balbuceó la matrona eludiendo la cuestion.

— Así lo creí cuando entrásteis, contestó Monks, sorprendiendo la mirada que la matrona dirigia á su esposo. Mejor; prefiero tratar con dos personas cuando sé que no tienen sino una voluntad; y para que veais que no me chanco... tomad.

Y registrando su bolsillo, sacó veinte y cinco soberanos de oro que puso sobre la mesa al lado de la mujer.

— Ahora, tomadlos, dijo Monks, y cuando haya pasado ese maldito trueno que va á estallar sobre la casa, contadme vuestra historia.

Dejóse oír el trueno en efecto casi encima de sus cabezas, y cuando todo quedó en silencio, Monks levantó la cabeza, acercándose á la matrona para escuchar lo que iba á decirle. Las cabezas de aquellas tres personas se tocaban: los dos hombres, apoyados sobre la mesa, inclinábanse para oír mejor, y la mujer hacia otro tanto para poder hablar mas bajo. La moribunda luz de la linterna suspendida del techo se reflejaba sobre ellos, haciendo resaltar la palidez ú inquietud de sus fisonomías. Hallábase todo á su alrededor sumido en la mas profunda oscuridad, y hubiérase creído que eran tres fantasmas.

— Cuando murió aquella mujer á quien llamábamos la vieja Sally, dijo la matrona, yo estaba sola con ella.

— ¿No habia nadie con vos? preguntó Monks con voz sorda; ¿no se encontraba allí, por casualidad, alguna otra vieja enferma en otra cama, ó algun idiota en un rincon?

— Ni un alma, contestó la mujer; estábamos completamente solas en el momento que murió.

— Bueno, repuso Monks mirando atentamente á la matrona; continuad.

— La moribunda me habló en primer lugar de una jóven que habia dado á luz un niño algunos años antes, no solamente en la misma habitacion, sino en la misma cama donde ella iba á morir.

— ¡Ah! exclamó Monks, cuyos labios temblaron; ¿condenacion! ¿cómo se descubre todo al fin!

— El niño era el mismo que le nombrásteis ayer, continuó la matrona designando con indiferencia á su marido. La vieja Sally robó á la madre.

— ¿Estando viva? preguntó Monks.

— Despues de su muerte, contestó la matrona estrechándose; cogió del cadáver lo que la madre la habia suplicado que guardase para su hijo.

— ¡Lo habrá vendido! gritó Monks con aire desesperado; pero ¿cuándo? ¿á quién? ¿cuánto tiempo hará?

— En el momento de decirme con gran trabajo que habia cometido el robo, dijo la matrona, cayó sobre su lecho y espiró.

— ¿Sin añadir nada? exclamó Monks con voz ahogada por el furor; esa es una mentira de que no seré víctima; debe haber dicho otra cosa, y yo lo sabré, aunque tenga que mataros á los dos.

— No pronunció una palabra mas, repuso la matrona, á quien no parecia intimidar la cólera de Monks, mientras que Bumble, por el contrario, temblaba de miedo; su mano cogió con fuerza mi vestido, y cuando, viendo que estaba muerta, pude desprenderme de aquella mano, noté que tenia un pedazo de papel viejo.

— ¿Qué habia dentro?... interrumpió Monks.

— Nada; era una papeleta del Monte de Piedad.

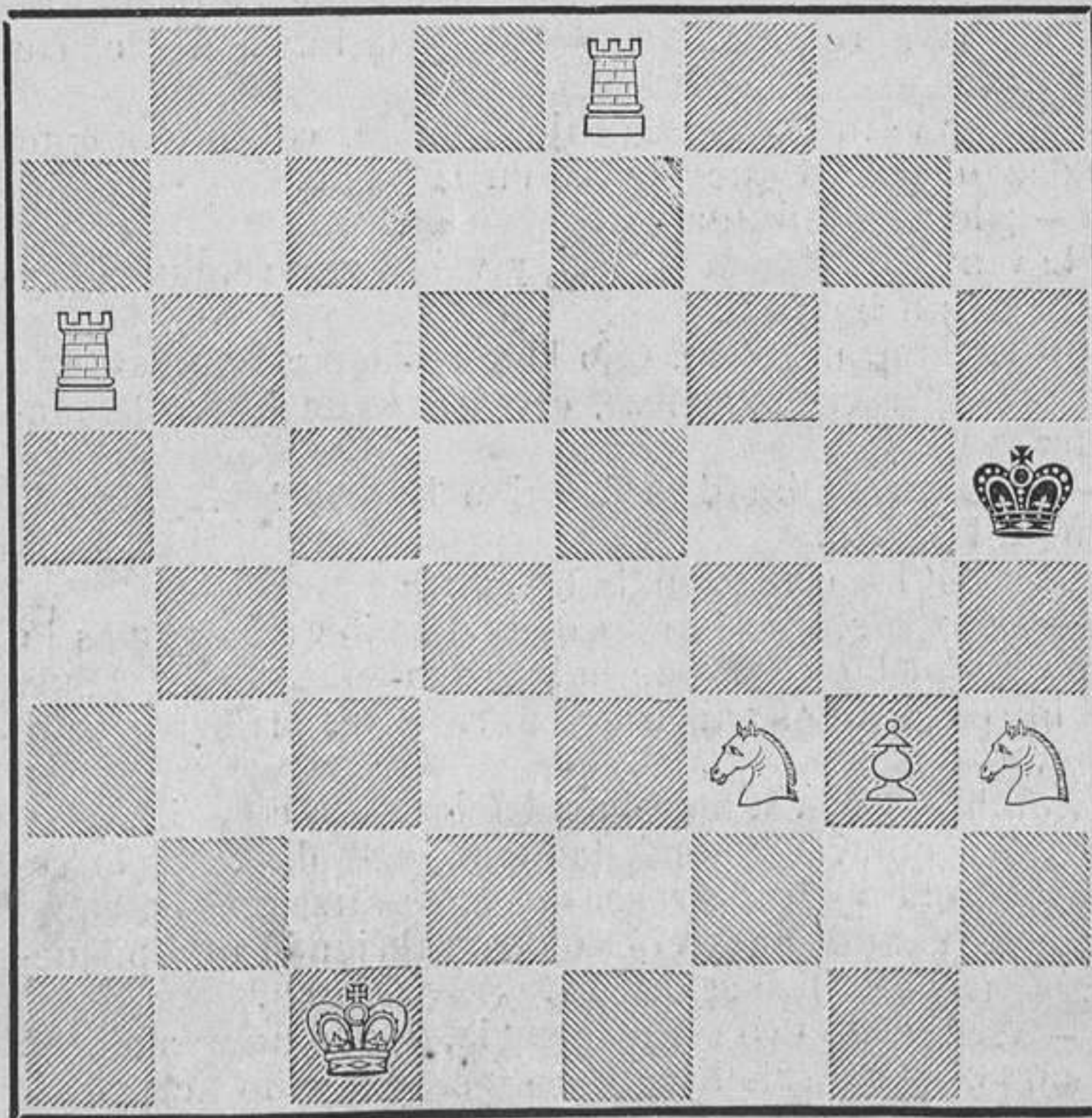


Estatua del duque de Morny, inaugurada en Deauville, el 16 de agosto de 1867.

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NÚMERO 248, POR M. F. HAELEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

— ¿De qué objeto? preguntó Monks.

— Ya os lo diré luego, repuso la matrona. Yo supongo que la vieja Sally habia guardado algun tiempo la alhaja con la esperanza de sacar mejor partido, y que despues la empeñó, renovándola de año en año para evitar la pérdida y retirarla en caso necesario. Pero la ocasion no se presentó, y como acabo de deciros, tenia la papeleta en la mano en el momento de morir. La renovacion debia hacerse dos dias despues, y pensando yo que era posible que aquella alhaja llegase á ser algun dia de cierta importancia, la desempeñé.

— ¿Y dónde está ahora? preguntó Monks.

— Héla aquí, contestó la matrona.

Y como si se alegrase de deshacerse de aquella prenda, arrojó presurosa sobre la mesa una bolsita de piel donde apenas podria guardarse un reloj.

Cogióla Monks, y la abrió con mano temblorosa. Contenia un pequeño medallon de oro con dos mechones de pelo y un anillo de casamiento.

— En el interior vereis grabada la palabra Agnes, dijo la matrona; pero falta el apellido de familia. Además hay una fecha que se refiere á un año antes del nacimiento del chico.

— ¿Es esto todo? preguntó Monks despues de haber examinado el contenido de la bolsita.

— Todo, contestó la matrona.

Bumble respiró con alegría al ver que la historia tocaba á su fin y que ya no era cuestion de devolver las veinte y cinco libras esterlinas.

(Se continuará.)

La estatua

DEL DUQUE DE MORNAY.

De M. de Morny puede decirse que era uno de esos hombres privilegiados que saben llevarlo todo de frente, la politica, el arte, los negocios, el sport, la hacienda, el teatro y la industria.

Un dia, lo mismo que los conquistadores, quiso fundar una ciudad, y Deauville salió de tierra, sobre la playa normanda, para disputar á Trouville su fama como lugar de recreo y como centro de comercio marítimo.

Deauville pues ha querido manifestar á su fundador toda su gratitud, y el domingo 18 de agosto ha habido una fiesta popular para inaugurar en la plaza Morny la estatua que reproducimos.

Una sociedad escogida presidia á esta fiesta inspirada por la gratitud de la poblacion. Distinguiábase en la reunion el general Waubert de Genlis, oficial de ordenanza del emperador, enviado para representarle; el principe Murat, M. Haussmann, M. Boitelle, M. Provost de Launay, prefecto del Calvados, M. Offenbach, M. Halevy, M. Jollivet, pintor de historia, y M. Donon.

El prefecto del Calvados resumió en un breve discurso los recuerdos que iba á consagrar esta inauguracion.

La estatua es obra de M. Iselin, y ha sido fundida en bronce en los talleres de M. Thiebaut. Es una obra de escultura muy notable que, á nuestro juicio, ganaria si tuviese un pedestal mas elevado.

L. C.

(1) Solucion del número 246.

- | | | |
|---|-----------------------------|------------|
| 1 | T 1ª TRª | Cualquiera |
| 2 | Rª 4ª R | Cualquiera |
| 3 | Rª 1ª CRª 1ª TR jaque-mate. | |

Solucion del número 247.

- | | | |
|---|----------------------|------------|
| 1 | T 4ª CRª | P 4ª CRª |
| 2 | T 7ª AR | A toma A |
| 3 | C 3ª Rª jaque | Cualquiera |
| 4 | T, C ó A jaque-mate. | |